

AMOR EN LA CIUDAD EN RUINAS

Zhang Ailing



EL COLEGIO DE MÉXICO

AMOR EN LA CIUDAD EN RUINAS

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

AMOR EN LA CIUDAD EN RUINAS
Zhang Ailing

Traducción de
Liljana Arsovska
Chen Zhi



EL COLEGIO DE MÉXICO

895.13

A293a

Ailing, Zhang, 1920-1995

Amor en la ciudad en ruinas / Zhang Ailing ; traducción de Liljana Arsovska, Chen Zhi. –1a ed. – México, D.F. : El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 2007.

73 p. ; 21 cm.

ISBN 968-12-1282-7

I. Arsovska, Liljana, tr. II. Zhi, Chen, tr.

Primera edición, 2007

D.R. © El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

ISBN 968-12-1282-7

Impreso en México

ÍNDICE

Introducción	9
Periodo inicial	10
Frente unido	17
Etapa bipolar	19
La victoria del socialismo realista	21
Amor en la ciudad en ruinas	25

Amor en la ciudad en ruinas
Zhang Ailing
Traducción de
Liljana Arsovska
Chen Zhi

INTRODUCCIÓN

El movimiento estudiantil del 4 de mayo de 1919 ha sido un parteaguas entre la literatura clásica china y la literatura moderna. Ese suceso marcó la ruptura del feudalismo burocrático perpetuado durante más de dos mil años en China. En aquel año los estudiantes salieron a la calle a protestar contra los tratados desiguales ratificados por el Congreso de Versalles en París y la ineptitud del gobierno chino para oponerse a ellos, y con ello quedó inaugurada la modernidad en China. Muchos de esos jóvenes regresaban de estudiar en el extranjero, y vieron en la modernidad la posibilidad de una profunda transformación política, económica, social y cultural, ante el colapso total.

En poco tiempo la literatura y las artes fueron el arma para lograr el cambio. Era necesario construir lo nuevo echando abajo lo viejo, y pronto todos los círculos intelectuales de China se dieron a la tarea de criticar el pasado. Los estudiosos de las ciencias políticas criticaban las instituciones políticas que dieron cimiento al imperio chino durante más de veinte siglos; los filósofos criticaban a Confucio; los sociólogos, a la familia tradicional; los abogados, la falta de un sistema legal; los lingüistas, al chino clásico, y los escritores, a toda la literatura clásica china.

Los jóvenes intelectuales educados en Japón, Europa occidental, Rusia e incluso Estados Unidos, al acercarse al conocimiento de las diversas corrientes políticas e ideológicas las absorbieron y regresaron a China con el propósito de abrir diferentes frentes de debate. Así, nuevamente como en el periodo de Primavera y Otoño (770 a 476 a.C.), “las cien escuelas debatían al unísono”. En el frente lingüístico y literario el enemigo a vencer era el chino clásico y toda la literatura antigua representada en él.

En la literatura china de la primera mitad del siglo xx podemos distinguir grosso modo cuatro etapas: periodo inicial, frente unido, etapa bipolar y el triunfo del realismo socialista en la República Popular China.

Periodo inicial

Este periodo se ha distinguido por una gran pluralidad de ideas y corrientes que debaten en condición de igualdad; ya ninguna ideología tiene primacía sobre otras.

Proliferan las revistas, las asociaciones literarias y los diversos foros de discusión acerca de la situación y el futuro de la literatura en China. Según Guo Moruo, entre la segunda y la tercera década del siglo xx, en China había más de cien asociaciones literarias que publicaban un número igual de revistas de literatura y crítica literaria.¹

Todas las corrientes en menor o mayor grado muestran gran simpatía hacia Occidente. Inspirados en el Renacimiento cultural europeo, los intelectuales proponen dos lemas: ciencia y democracia. El ámbito de estas palabras es tan vasto que varias tendencias ideológicas pueden cohabitar en sus espacios. El elemento unificador para muchos intelectuales de este periodo era la necesidad de criticar todas las expresiones del pasado de China para poder construir su futuro.

Chen Duxiu (1889-1942), editor de la revista *Nueva Juventud*, plantea la inminente necesidad de transformar la literatura obsoleta, clasicista y decadente de China. Piensa que “el primer paso es avanzar hacia el realismo y que basta con que la escritura refleje la realidad y la pintura la cotidianidad para abandonar el estilo decadente y ostentoso característico de la literatura y el arte clásico de China”.²

¹ Zhu Xueyong y Li Xiaohong, *Zhongguo xiandangdai wenxue*, Beijing, Kexue chubanshe, 2000, p. 5.

² Tang Tao, *Zhongguo xiandai wenxue shi jianbian*, Beijing, Wenxueihaozheshu, 1984, p. 4.

Hu Shi (1891-1962) redacta ocho normas necesarias para erradicar los vicios del pasado: “Abstenerse de decir palabras sin contenido, no imitar a los antepasados, respetar las reglas gramaticales, no gemir si no es necesario, no usar frases gastadas y convencionales, no emplear alusiones literarias, no recurrir a la antítesis y no enfocarse en los estereotipos y los caracteres populares”.³ Evidentemente llega más lejos que Liang Qichao,⁴ el padre del movimiento reformista de 1898, quien limita la transformación de la literatura a la sustitución del chino clásico por el chino moderno, entendiendo por el chino moderno el idioma vernáculo.⁵

Abundan artículos de muchos jóvenes chinos sobre el sentido y la función de la literatura, sobre las técnicas literarias europeas y la grandeza de Occidente ante un disminuido Oriente.

Chen Duxiu en su artículo “Sobre la revolución literaria”, publicado en febrero de 1917, formula tres principios de la transformación de la literatura: 1) Echar abajo la ornamentada y aduladora literatura de la nobleza y crear una literatura popular, sencilla y lírica; 2) echar abajo la ostentosa y caduca literatura clásica y crear una literatura realista, fresca y sincera; 3) echar abajo la compleja e incomprensible literatura de montañas y árboles y crear la literatura social, clara y comprensible.⁶

El eco de los ensayos y artículos publicados en *Nueva Juventud* y otras revistas que deambulan entre los círculos intelectuales de China tiene enorme importancia. Traducciones de novelas, poemas, dramas y otras expresiones literarias de distintos idiomas europeos, difundidas en revistas, incitan la mente y enriquecen el espíritu de la juventud pensante de China. La novela rusa llega glorificando los éxitos de la revolución de octubre de 1917, abanderados por los proletarios que poco a

³ *Ibid.*, p. 3.

⁴ *Ibid.*, p. 3.

⁵ *Ibid.*, p. 3.

⁶ *Ibid.*, p. 4.

poco se apoderan del escenario del siglo xx. China, donde casi todos son proletarios sin siquiera darse cuenta de ello, es tierra fértil para el marxismo.

Máximo Gorki, Pushkin, Tolstoi, Byron, Víctor Hugo, Heine y otros tantos son los maestros de la nueva generación de escritores chinos. Diversos tópicos, estilos y técnicas literarias llegan a China a través del pincel y la tinta.

La nueva literatura, “escrita en el idioma hablado por 400 millones de chinos”,⁷ poco a poco nace como una poderosa arma para despertar y guiar las conciencias. Despertar del sueño de grandeza y superioridad por el solo hecho de ser chino y caminar hacia el nuevo amanecer rojo. El naturalismo, el realismo, el individualismo, el marxismo y otras corrientes europeas son muy atractivas para la mente inquisitiva y hambrienta de conocimiento de los jóvenes estudiosos, pero finalmente es la doctrina marxista que con la idea del bienestar colectivo logra imponerse al malestar colectivo chino con eficacia.

La nueva literatura realista escrita en chino moderno es una eficaz herramienta para el desengaño.

Lu Xun (1852-1924), considerado por los chinos como el padre de la literatura moderna china, publica en 1918 en la revista *Nueva Juventud* la novela *El diario de un loco*. Esta obra describe detalladamente a un loco con delirio de persecución, que tiene miedo a ser devorado por el prójimo y a su vez, sin darse cuenta, le inspira ese mismo miedo al prójimo. A través de su personaje, muy novedoso en la literatura china, pretende alarmar a la sociedad sumida en la desesperanza donde el individuo y el colectivo que lo rodea son víctimas y victimarios a la vez.

A-Q, por su parte, otro gran personaje de Lu Xun, es el protagonista de la tragicomedia *La verdadera historia de A-Q*. Ese pobre hombre tiene “todos los defectos” de la mentalidad china, a la que hay que destruir de raíz. Lu Xun exhibe a un miserable hombrecillo sin principios ni metas más allá de la sobrevivencia

⁷ *Ibid.*, p. 8.

vil, expuesto al canibalismo de una sociedad sumergida en el existencialismo sin cauce.

Las sociedades literarias van creciendo como hongos después de la lluvia en todas las urbes de China. El decreto emitido en 1920 por el Ministerio de Educación del Gobierno de los Caudillos del Norte, donde se reconoce el chino moderno como idioma oficial y se fomenta su uso en todos los centros docentes de China, impulsa con gran fuerza la creación literaria.

El Partido Comunista Chino se funda en 1921. Desde el principio, sus líderes ven en los intelectuales y particularmente en los escritores unos fieles y por demás útiles aliados para la causa comunista.

En marzo de 1930 se crea la Liga de Escritores de Izquierda de China, organismo que aglutina a un gran número de escritores que comparten el mismo anhelo: “curar a la patria”. El ideal de todos es el mismo, las rutas para alcanzarlo, distintas.

Grandes debates proliferan entre los reformistas radicales y los reformistas moderados, entre los que niegan todo lo chino y los que buscan el compromiso entre Oriente y Occidente, entre los que dicen que el arte y la literatura deben servirle al pueblo y aquellos que creen que es suficiente con servirle al individuo. Proliferan también los nihilistas, que hundidos en el pesimismo total no ven ninguna salida a la desolación.⁸

En los años veinte, bajo la influencia de la revolución rusa, nace la literatura *puluo*, una abreviación de lo que en transcripción fonética al chino sería “proletariado”. Esta tendencia literaria tiene claros propósitos ideológicos, pues las técnicas literarias sólo sirven para darle marco a personajes y situaciones estereotipadas. Aparecen personajes en blanco y negro, terratenientes llenos de defectos y campesinos repletos de virtudes, burgueses a punto de expirar y obreros y soldados que como el sol naciente anticipan un futuro brillante. Yang Hansheng es un digno representante de esta corriente. Ma Lingge, uno de sus personajes exitosos, es su títere. A través

⁸ Zhu Xueyong y Li Xiaohong, *op. cit.*, p. 3.

suyo, el escritor plasmaba su ideología, sus posturas políticas, sus frustraciones y esperanzas.⁹

Poco a poco las muchas y muy variadas tendencias e ideologías se agrupan en dos vertientes principales: el ala inspirada en la filosofía marxista y el ala liberal que aún conserva el lema “ciencia y democracia”. La discusión entre estas tendencias principales anuncia la ruptura inevitable entre dos posturas políticas irreconciliables, representadas por el Partido Nacionalista y el Partido Comunista, posturas que se extienden a todos los ámbitos de la vida en China.

Jiang Guanchi¹⁰ argumenta que “es más que suficiente que la literatura sea revolucionaria, y cuestiones como perfeccionar el estilo y la técnica es asunto de los escritores del pasado”.¹¹ Lu Xun considera que “la literatura y el arte si bien son una forma de propaganda, no toda la propaganda es literatura... La literatura revolucionaria debe poseer, ante todo, un rico contenido y un excelente estilo”.¹²

Qu Qiubai, jefe de PCCH en 1927, exalta por encima de todo “el estilo literario soviético hecho por y para los trabajadores”.¹³ Guo Moruo, por su parte, aboga por “una revolución proletaria fundada en la propiedad pública, cuyo fin es alcanzar la libertad y la liberación de toda la humanidad en lo material y en lo espiritual”.¹⁴

Hu Shi, por su lado, considera la libertad individual y la democracia como máximos ideales de todo individuo y sociedad.¹⁵

Grandes escritores se forjan en esta época. Desde su perspectiva literaria, evidencian lo podrido en la vieja sociedad. Con gran tinte realista describían la vida en las urbes y en el campo.

⁹ Feng Guangkang, *Zhongguo jinbainian wenxue tishi liubianshi*, Beijing, Renmin wenxue chubanshe, p. 143.

¹⁰ Tang, Tao, *op. cit.*, p. 25.

¹¹ *Ibid.*, p. 26.

¹² *Ibid.*, p. 27.

¹³ *Ibid.*, p. 26.

¹⁴ *Ibid.*, p. 28.

¹⁵ *Ibid.*, p. 3.

Con mucha habilidad dibujan personajes de las diversas clases sociales chinas.

Mao Dun (1896-1981) defiende en muchos de sus ensayos “el arte que alienta la voluntad del pueblo y la literatura que despierta a las masas y les da fuerza”.¹⁶

Este prolífero escritor, activo miembro del PCCh, en su novela *Medianoche*, dibuja magistralmente la China de los años treinta a través de las peripecias de Wu Sunpu, industrial nacionalista y Zhao Botao, capitalista comprador. Wu defiende el camino del capitalismo en China, sin embargo su fracaso personal como hombre de negocios amenazado por los intereses de los grandes capitales internacionales le permite deducir que el capitalismo no es la ruta para China.

Lao She (1899-1966) fue un gran escritor y dramaturgo chino. En su artículo “Lo que me dio el 4 de mayo” se define como partidario y producto del movimiento estudiantil, “que me dio un lenguaje para escribir y me alentó a crear”.¹⁷ Lao She nos ha dejado grandes obras, entre las que destacan *El muchacho del ricksha*, *La casa de té* y *Cuatro generaciones bajo un mismo techo*. *El muchacho del ricksha* es un joven diligente y entusiasta al que la vida y el destino injusto lo empujan a la perdición. Lao She lo defiende diciendo que “la pereza de los pobres es el lógico resultado de sus esfuerzos estériles...”.¹⁸

En su drama *La casa de té* fielmente narra el colapso de una época a través de muchos personajes que confluyen en una casa de té. Las historias que ahí se entrelazan son todas trágicas, a nadie le va bien y nadie tiene la esperanza de un mejor amanecer. Los terratenientes pierden su poder e influencia, los empresarios ven el fin de sus fábricas, los pobres venden a sus hijas para sobrevivir y todos se hunden en la desolación. Al final de la obra se vislumbra un rayo de luz cuando los jóvenes

¹⁶ Cheng Jihua, *Zhongguo xiandangdai wenxue*, Changsha, Hunan shefan daxue chubanshe, p.98

¹⁷ Tang Tao, *op. cit.*, p.274.

¹⁸ *Ibid.*, p. 284.

se unen a la revolución liderada por el Partido Comunista, la única promesa para un futuro mejor.¹⁹

Ba Jin, otro de los grandes escritores chinos, está profundamente influido por el movimiento estudiantil. En su rica trayectoria literaria destacan muchas obras, como la trilogía *Familia, Primavera y Otoño*. En esta trilogía, al describir detalladamente la vida de la familia Gao, terratenientes con gran poder e influencia, Ba Jin dibuja magistralmente el fin de la China antigua y el comienzo de algo nuevo que por más desconocido que sea, deberá ser mejor que antes. Jue Xin y Jue Min, dos personajes que intervienen en la trilogía completa, a pesar de vivir un tormento, eligen creer en un futuro mejor, expresado en una de las últimas frases de *Otoño*, pronunciadas por Jue Min: “No existe el otoño eterno. El otoño tal vez esté acabando”.²⁰

Ding Ling (1904-1986), activo miembro de la Liga de Escritores de Izquierda, es una de las más influyentes y renombradas escritoras de su época. Convencida de la fuerza de la pluma en el proceso de cambio, involucra a muy diversos personajes en su obra, imprimiéndole a cada uno un importante papel en la revolución. *El diario de la señorita Sha Fei*, obra representativa de los albores en su actividad literaria, narra la vida de una joven muchacha que se revela contra su vida pero no encuentra una alternativa excepto la soledad.²¹ Los personajes de sus escritos posteriores no sólo se revelan, sino que muestran gran claridad visionaria hacia el futuro que esperan y los medios que emplearán para conseguirlo. En la etapa de su madurez literaria, con gran agudeza Ding Ling denuncia en sus escritos los crímenes más atroces perpetrados por invasores extranjeros o déspotas locales contra la población civil y las fuerzas de resistencia.

Wen Yiduo, versado en la poesía clásica china y formado en Estados Unidos, “siempre fiel al arte”, solía decir que “la vida real me traslada a menudo del mundo poético al del hombre”.²²

¹⁹ Feng Guangkang, *op. cit.*, p. 821.

²⁰ Cheng Jihua, *op. cit.*, p. 139.

²¹ *Ibid.*, p. 111.

¡Ah, sol-Pájaro dorado que corre rápido-sol!
 Déjame montar en ti para dar una vuelta cada día al globo
 ¡Y ver una vez al día, mi tierra natal!
 (*Canto del sol*)²³

Frente unido

La invasión japonesa a China en 1937 ayuda a despertar las conciencias y deja a un lado, aunque sólo temporalmente, las diferencias entre los escritores de izquierda, los liberales y todas las demás corrientes.

En 1938 se forma la Asociación Nacional Antijaponesa de Arte y Literatura en la ciudad de Wuhan. De 1938 a 1946, esta asociación publica setenta y un números de su revista *El Arte y la Literatura de Resistencia*. Sin graves diferencias ideológicas, los escritores abrazan lemas como “penetrar en el pueblo y en las masas”,²⁴ toman con gran seriedad la tarea de concientizar al pueblo, despertar el patriotismo y levantar el ánimo y la dignidad del chino derrotado. El tema por excelencia en la prosa y la poesía es denunciar la agresión japonesa. Abundan novelas, cuentos cortos, ensayos y poemas que ponen al descubierto las atrocidades cometidas por el invasor y exaltan el espíritu de lucha del pueblo.

Ding Ling,²⁵ por ejemplo, en el cuento “Cuando estaba en la aldea Xia”,²⁶ dibuja a Zhen Zhen, como una heroína que a pesar de haber sido deshonrada por el invasor japonés conserva intactas la pureza de su alma y la esperanza en un futuro mejor, para el cual contribuye enviando información secreta a las fuerzas de resistencia antijaponesa.

²² Tang Tao, *op. cit.*, p. 229.

²³ *Ibid.*, p. 230.

²⁴ Zhu Xueyong y Li Xiaohong., *op. cit.*, p. 14.

²⁵ Cheng Jihua, *op. cit.*, p. 114.

²⁶ Traducido por Liljana Arsovska y publicado en *Estudios de Asia y África*, núm. 69, 1986.

También florece la novela histórica, donde al vindicar héroes antiguos se exaltaban la grandeza y la valentía del pueblo chino. Guo Moruo es el escritor más importante de este género. Entre diciembre de 1941 y abril de 1943 escribe seis novelas históricas. La más célebre es *Qu Yuan*, en la que alaba el heroísmo del gran poeta Qu Yuan, héroe nacional del pueblo chino, quien prefirió morir antes de atestiguar la tragedia de su patria.²⁷ En todas sus novelas el tema común es la lucha en contra del invasor, la traición del país y las dictaduras de los señores de la guerra. No escatima palabras para alabar el espíritu patriótico, el autosacrificio y la valentía. Sus obras alientan al pueblo chino en su justa lucha por la patria.

Cuando en noviembre de 1937 la ciudad de Shanghai es tomada por los japoneses, los escritores en ese ambiente particular de las “colonias” agudizan su lucha antijaponesa. Las obras literarias creadas en ese periodo se conocen como “literatura de la isla”. Abundan obras teatrales y ensayos cortos. Yu Ling, en su obra teatral *El largo recorrido nocturno*, refleja la realidad oscura bajo la invasión japonesa. Las novelas *Historia de los héroes de la Dinastía Ming* y *Odio legado por el final de Ming*, de A Ying (Qian Xingcun), representantes del género de novela histórica, alaban la valentía y el patriotismo del pueblo chino mediante personajes que luchan incansablemente por resistir la invasión de naciones extranjeras.

En resumen, la literatura china de esta etapa exalta la popularización y el nacionalismo. La corriente más influyente es el realismo, sin negar la influencia del romanticismo y el modernismo.

Etapa bipolar

El fin de la Segunda Guerra Mundial y la retirada de Japón de China acaba con el romance entre las distintas corrientes e ideologías literarias.

²⁷ Tang Tao, *op. cit.*, p. 167.

Con la invasión japonesa surge la resistencia china que une en alianza a todo el pueblo, y al mismo tiempo inicia la guerra civil entre el Partido Comunista y el Guomindang (partido nacionalista) por el control de China. Esta bipolaridad política penetra en todos los ámbitos e involucra a todos los sectores de la sociedad china. La literatura no es la excepción. En 1946 en China existen dos asociaciones literarias, una vinculada con la Liga de Escritores de Izquierda y la otra, con el Guomindang.²⁸

La primera representa a la izquierda china y tiene un enorme soporte ideológico definido con claridad por Mao Zedong en su discurso pronunciado en el Foro de Yan'an sobre Arte y Literatura realizado en 1941 en Yanan, zona controlada por el Partido Comunista durante la invasión japonesa. En ese discurso, Mao diseña la estructura y la función de la literatura, las cuales podemos resumir de la siguiente manera: la literatura debe escribirse en lengua coloquial para que la entiendan todos, su propósito es servir a los obreros, campesinos y a los soldados rojos.²⁹

Orientados en esa dirección surgen varios estilos literarios para servir al pueblo trabajador. Comienza la creación masiva literaria de servicio al pueblo. Se insiste en “la creación de las nuevas óperas”, “la creación de poesías de las masas” así como de “novelas progresistas”.³⁰

En la primera categoría, la obra más exitosa sin duda alguna es la *Joven canosa*. Esta ópera describe la historia de una muchacha campesina, quien reprimida por los terratenientes escapa a una cueva. Debido a la falta de sol y el exceso de sal, su pelo se torna totalmente blanco a pesar de su juventud. Gracias al VIII Ejército revolucionario la joven logra la liberación.³¹

²⁸ Zhang Zhong *et al.*, *Zhongguo dangdai wenxueshi*, Beijing, Beijing daxue chubanshe, p. 5.

²⁹ Zhu Xueyong y Li Xiaohong., *op. cit.*, p. 17.

³⁰ *Ibid.*, p. 17.

³¹ Cheng Jihua, *op. cit.*, p. 427.

En la segunda categoría, se destaca la larga epopeya *Wang Gui y Li Xiangxiang* escrita por Li Ji.³² Ese poema narrativo cuenta la historia de amor de estos dos campesinos donde el trasfondo principal es la revolución antiimperialista y antifeudalista. El estilo literario llamado Xin Tian You es un canto folclórico de la zona de Shanbei de China. Gracias a ese estilo tan popular entre las masas, la obra llega a ganar grandes elogios y premios.

En la tercera categoría de novelas, las creaciones simplemente son abundantes. Entre éstas se cuentan *El matrimonio de Xiao Erhei* de Zhao Shuli, *El sol ilumina el río de Sang Gan* de Ting Ling, *La tormenta* de Zhou Libo.

La segunda asociación literaria agrupa a escritores que no comulgan con la ideología marxista a la cual califican de “uniformadora de criterios”.³³ En 1942, el ministro de Cultura Zhang Daobo publica el ensayo “La política cultural que necesitamos” en la revista *Lo primordial en la cultura*, donde aboga por abolir por completo los criterios de clase y crear una nueva literatura nacionalista.³⁴ Chen Xuan, en esta misma tónica nutrida de espíritu liberal, publica *El significado de la literatura nacional*.³⁵ La literatura nacionalista ha tenido muchos seguidores en las regiones controladas por el Guomindang.

Surgen grandes obras literarias que exaltan los valores del pueblo chino, obras que critican la tradición confuciana y proponen la liberación del hombre. La forma literaria que florece con grandes brillos es la sátira que exhibe estereotipos decadentes y resalta el espíritu progresista de personajes de diversos círculos de China. Entre los escritores nacionalistas la ópera tiene gran aceptación. Destacan obras como *El dibujo de ascenso* de Chen Baichen, *Trayectoria de una bella* de Tian Han, entre otras.³⁶

³² *Ibid.*, p. 302.

³³ *Ibid.* p. 173.

³⁴ Zhu Xueyong y Li Xiaohong., *op. cit.*, p. 16.

³⁵ *Ibid.*, p. 17.

³⁶ Cheng Jihua, *op. cit.*, p. 422.

Conforme se profundiza el conflicto político entre el Partido Comunista y el Guomindang el debate entre los intelectuales, seguidores de estas tendencias, se agudiza.

La victoria del socialismo realista

La guerra civil entre el Partido Comunista Chino y el Guomindang termina en 1949 con el establecimiento de la República Popular China y la retirada de los nacionalistas a la isla de Taiwan. En gran medida, este suceso histórico marca el fin del pluralismo cultural que caracteriza las décadas previas a los años cincuenta. El afianzamiento de la filosofía marxista en China requiere del esfuerzo de todos, especialmente de los intelectuales, que para el presidente Mao debían estar en la vanguardia de la construcción socialista. La ideología predominante forja los criterios de toda la labor intelectual en China.

El discurso del presidente Mao de 1931 en el Foro de Yan'an sobre Arte y Literatura funda las bases de la "literatura de los obreros, campesinos y los soldados rojos", creada por y para ellos. Ese discurso de Mao deja muy poco campo para la especulación, pues define con mucha precisión la función de la literatura en el proceso de la construcción de la sociedad socialista.

Podemos concluir que el establecimiento de la República Popular China marca el inicio de la literatura contemporánea china.

Liljana Arsovska

Zhang Ailing
(Eileen Chang: 1920-1995)

La vida es un vestido suntuoso y bello, repleto de gusanos...
(Zhang Ailing, 1941: "Mi sueño de genio")

La familia en la que nace y crece Zhang Ailing es un fiel reflejo de la sociedad china de ese entonces. Su abuela paterna era hija de Li Hongzhang, ministro de la dinastía Qing, quien promovía la occidentalización del Imperio Qing. Su padre, Zhang Tingliang, como buen hijo de familia acaudalada de la época, era adicto al opio y a la vida disipada en los prostíbulos de Shanghai. Su madre, Huang Yifan, en cambio era culta y gran admiradora de Occidente, empeñada en educar a su hija en el espíritu de una doncella europea que habla inglés, toca piano, pinta, etc. Entre pleitos conyugales, infidelidades, amores y desamores, transcurre la niñez de Zhang Ailing. El divorcio de sus padres marca su adolescencia, deambulando entre el hogar de su padre "decadente" y de su madre "progresista".³⁷

Desde muy pequeña mostró gran talento para recitar poesía clásica de la dinastía Tang así como frases y versos del *Sueño del pabellón rojo*.

Cursó estudios universitarios en Hong Kong a principio de los años cuarenta. Sin embargo, cuando los japoneses ocupan Hong Kong en 1942, ella regresó a Shanghai para casarse con un diplomático chino que más tarde será considerado traidor de la patria.

Shanghai, donde nace y vive, es tal vez la ciudad más cosmopolita de China, es el espejo de aumento que muestra con claridad las contradicciones de China, es la olla mongola³⁸ en constante ebullición donde cohabitan comunistas, nacionalistas, anarquistas, conservadores y progresistas. La vida en Shanghai es una inagotable fuente de inspiración para todas las tendencias

³⁷ *Ibid.*, p. 188.

³⁸ Platillo típico de Beijing.

literarias. También es el pozo de donde surgen los personajes de Zhang Ailing. Allí viven todas las señoras y señoritas de familias burguesas y pequeño-burguesas que ella fielmente dibuja en sus novelas. Allí en algún rincón estaban también Liusu y Liuyuan tejiendo su telaraña de amor entre desamores.

Zhang Ailing se identifica con estas mujeres, que tal vez antes de sentirse seres humanos se sienten mujeres. Mujeres que además de democracia y ciencia también necesitan amor, mujeres que lloran tanto por la tristeza que envuelve el mundo con las finas líneas que amanecen alrededor de sus ojos después de los treinta y tantos. Cree que la belleza y la astucia son armas necesarias para asegurar la sobrevivencia de cualquier mujer.

Ella misma llamada por muchos “la dama”, crea su propio vestuario con telas de la dinastía Qing con incrustaciones de un elegante bordado europeo u otro detalle excéntrico que detiene el paso de los caminantes para verla, criticarla o admirarla.³⁹

Zhang Ailing no tiene preferencia política de derecha ni de izquierda. De hecho, prefiere la soledad a la compañía: “Los espacios de incomunicación entre la gente son donde encuentra la alegría de la vida”.⁴⁰ Ha dejado a un lado los grandes temas de la patria para dedicarse a describir acerca de la vida cotidiana, de la gente común, o como ella misma dice: “Mi fuerte es describir el manejo cotidiano de las crisis”.⁴¹

Por cierto, ha sido muy criticada en su época, especialmente por colegas de la Liga de Escritores de Izquierda. Sus escritos llegaron a catalogarlos de poco patrióticos, inocentes reflejos de la vida de la pequeña burguesía.

En 1952, unos años después de la liberación, regresa, ya divorciada, a Hong Kong, y en 1955 zarpa a Estados Unidos, donde pasó el resto de su vida unida en matrimonio con un íntimo ami-

³⁹ *Ibid.*, p. 189.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 189.

⁴¹ Ming Baoyue, *Reading Zhang's wartime Writings....*, Manoa, University of Hawaii, 2002.

go de Berthold Brecht.⁴² Su vida en Estados Unidos se distingue por la reclusión, la soledad y el constante huir de las cámaras, por lo cual la llaman “la Garbo de la literatura china”. Muere en soledad a los 75 años de edad. Deja un legado literario que permanecerá vigente mientras haya mujeres en el mundo.⁴³

La actividad literaria de Zhang Ailing comienza en 1943 con algunos ensayos y diversas contribuciones literarias para revistas en inglés, editadas en Shanghai. Posteriormente publica varias novelas cortas y largas, entre las que destacan *El candado dorado* (1943), *El amor en la ciudad en ruinas* (1943), *Rosa roja, rosa blanca* (1944), *La teja vidriada* (1944), *Dieciocho primaveras* (1951), *El canto de los brotes de arroz* (1955).

El candado dorado ha tenido el mayor elogio. Fu Lei, colega contemporáneo, declara que “esta novela de la señora Zhang es uno de los logros más bellos de la literatura china”.⁴⁴ La historia trata de la vida de una muchacha nacida en una familia pequeñoburguesa. Por la voluntad de sus padres se casa con un muchacho paralítico, hijo de una familia noble y rica. A partir de la boda, ella se pone un candado dorado. El odio a sus padres que han forzado ese matrimonio y el odio a la familia de su marido que siempre la humilla y desprecia, poco a poco la deshumaniza hasta hacerla perder el último destello de bondad. Jamás siente amor en toda su vida y hace hasta lo imposible para impedir que sus hijos lo sientan. En este libro, de unas cincuenta páginas, Zhang Ailing describe la vida triste y penosa de una mujer marcada por el odio. La crueldad de la sociedad hace de esta vigorosa mujer joven y bella, con muñecas tan llenas que “casi no le cabe el brazaletes”, en una anciana que “puede mover el brazaletes desde la muñeca hasta la axila”.

Liljana Arsovska

⁴² http://www.wooster.edu/Chinese/Chinese/courses/chinese_youth/writer/zhang_ailing.html

⁴³ http://es.wikipedia.org/wiki/Eileen_Chang

⁴⁴ Revista *Wan Xiang*, mayo de 1944.

AMOR EN LA CIUDAD EN RUINAS

Zhang Ailing

Para aprovechar mejor la luz de día, en Shanghai adelantaron todos los relojes una hora, pero en la casa de la familia Bai dijeron: “el nuestro es un reloj antiguo”. Las diez de su casa eran las once para los demás; sus cantos discordantes no armonizaban con los ritmos del laúd de la vida.

Las cuerdas de un laúd se oían en la noche iluminada por miles de focos. Se estiraban y se aflojaban acompañando interminables historias tan tristes que quitan las ganas de indagar.... ¡Mejor que queden así! Esos cuentos que salen del laúd deberían ser contados por elegantes actrices de mejillas polveadas con talco rojizo entre las que sobresale una dulce nariz de jade... Actrices que ríen, cantan y esconden la boca detrás de sus largas mangas... Sin embargo, ahí únicamente estaba el señor Bai, sentado solo en el balcón oscuro, tocando su laúd.

Y entonces sonó el timbre. Algo raro en la casa de los Bai. Según las buenas costumbres, no era adecuado visitar de noche. Si viene alguien en la noche o se recibe un telegrama, es que ocurrió algo muy importante o urgente, lo más probable es que alguien murió.

El cuarto señor se puso a oír con atención, en efecto, el tercer señor, su señora y la cuarta señora subieron gritando en tal desorden que nada se les entendía. En el salón principal ubicado detrás de la terraza estaban sentadas la sexta, séptima y octava señorita y los hijos de la tercera y cuarta señoras; todos estaban algo confundidos. Desde la oscuridad de la terraza el cuarto señor observaba vigilante. La puerta se abrió y el tercer señor, vestido de playera y pantalón corto, se paró en el umbral con las piernas entreabiertas. Con las manos se ahuyentaba los

mosquitos de las piernas. De pronto le gritó al cuarto hermano: “Hermano, ¿sabes qué? Murió del que se divorció nuestra sexta hermana. Dicen que de pulmonía”. El cuarto señor dejó el laúd y mientras se dirigía hacia el interior preguntaba: “¿Quién trajo la noticia?” “La señora Xu”. Al decir eso, el tercer señor empujó a su señora de abanicazo: “¿Qué haces aquí? Nadie te llamó. La señora Xu aún está abajo; como es tan gorda, no quiere subir, ¿por qué no vas a acompañarla?”

Cuando la tercera señora se fue, el cuarto hermano recordó algo: “¿El muertito no es pariente de la señora Xu?” “Cómo no, tal parece que su familia mandó a propósito a la señora Xu para informarnos, seguro y tienen alguna intención”, contestó el tercero. “¿Acaso quieren que la sexta vaya al funeral?”, preguntó el cuarto. El tercero rascó su cabeza con el mango del abanico: “Creo que realmente debería...” Los dos miraron a la sexta señora. Bai Liusu estaba sentada en un rincón del cuarto, bordando una zapatilla. Ya que durante la conversación sus dos hermanos no la dejaban opinar, aprovechó su silencio y dijo con tranquilidad: “Una divorciada no tiene por qué ser viuda del ex esposo. Si ahora voy, todo el mundo se reirá hasta perder los dientes”. Continuó bordando la zapatilla como si no pasara nada, pero el sudor frío de sus dedos no le permitía jalar la aguja áspera.

El tercer señor respondió: “Hermana, no tienes razón. Sabemos que él fue muy injusto contigo, pero ya murió. ¿Acaso aún le guardas rencor? Sus concubinas seguramente no le guardarán luto. Si tú ahora vuelves a la casa para guardar el luto y encargarte del funeral, ¿quién se atrevería a reír? No tuvieron hijos, pero tenían sobrinos de sobra. Escoge uno y adóptalo. Aunque en su casa queda poca cosa de valor, era de una familia noble. Cuidarán el templo ancestral de su familia, y así no pasarás hambre tú ni tu hijo”.

Liusu sonrió fríamente: “Mi hermano ha pensado ya todo por mí. Lástima que es un poco tarde, me divorcié hace siete u ocho años. ¿Acaso los trámites legales no cuentan? No debemos jugar con las leyes”.

“No me asustes con las leyes”, dijo el tercero, “las leyes cambian todos los días pero las costumbres y las tradiciones son para siempre. Mientras vivas eres de su familia, cuando mueras tu alma también les pertenece. Igual que las hojas de los árboles de mil metros, siempre caen cerca de la raíz.”

Liusu se levantó: “¿Por qué no dijiste eso hace siete años?”

“Temía que fueras suspicaz y pensaras que no queríamos aceptarte”, replicó el tercero.

“¿Ahora no temes que sea suspicaz? Gastaste todo mi dinero y ya no temes, ¿verdad?”

El tercer señor le gritó a la cara: “¿Gasté tu dinero? ¿Cuánto dinero tuyo gasté? Vives en mi casa, comes y bebes de lo mío. Si fuera antes, no importaría, una persona más era un par de palillos más en la mesa. Pero ahora, sal a preguntar el precio del arroz. Tú empezaste a hablar del dinero, yo no quería, eh”.

La cuarta señora parada detrás del tercer señor, soltó una carcajada: “son de la misma familia, no deberían hablar de dinero. Si empiezan a hacerlo, nunca terminarán. Desde un principio le dije a mi esposo que convenza a su tercer hermano de no usar el dinero de la sexta en los negocios de oro ni en acciones. Iba a traerles mala suerte. Después de casarse con ella, su esposo empezó a despilfarrar el dinero. Cuando ella volvió a la casa materna se arruinó todo: es un ave de mal agüero”.

El tercer señor, apurado, contestó: “Mi cuñada tiene razón, si no nos hubiéramos asociado con ella, no habríamos perdido todo”.

Liusu se indignó tanto que todo su cuerpo empezó a temblar. Con la zapatilla a medio bordar, sostenía su mandíbula temblorosa a punto de caer. Mientras tanto, el tercero seguía hablando: “en aquel entonces, cuando volviste a casa llorando e insistiendo en divorciarte, yo tuve la culpa por recibirte. Soy un hombre que no puede quedarse indiferente cuando ve que golpean a su hermana. Enfrenté la situación y dije: ‘bueno, aunque pobres, en mi casa no le faltará un plato de arroz a mi hermana’. Pensaba que eran una pareja joven. ¿Quién no tiene problemas al principio? Pasarías unos cuantos años en la casa

materna y luego ambos se arrepentirían. Si hubiera sabido que lo tomaban en serio, ¿crees que te hubiera ayudado a divorciarte? El castigo de deshacer una familia es quedarse sin descendencia. Tengo hijos y para mí es vital apoyarme en ellos de viejo”.

Liusu estaba tan colérica que se echó a reír como loca: “¡Qué bien! Todo es mi culpa. Se quedaron pobres porque yo me acabé su comida, hicieron malos negocios porque yo les traje mala suerte, se les mueren los hijos porque les eché a perder su destino”. La cuarta señora tomó a su hijo por el cuello y lo aventó contra Liusu gritando: “¿Cómo puedes maldecir a un niño? Si se me muere, serás la culpable por toda la eternidad”. Liusu esquivó el ataque y se le abrazó al cuarto señor: “Mira hermano, mira, tú juzga”. El cuarto hermano replicó: “No te inquietes, habla tranquila, pensemos a largo plazo. Lo que tu hermano tercero dice es para tu bien”. Liusu retiró las manos y furiosa se dirigió hacia la habitación interior.

En la oscuridad de la habitación, detrás del mosquitero, su madre acostada en la enorme cama de caoba movía lentamente un abanico de plumas blancas. Liusu se acercó toda temblorosa y apoyándose en el borde de la cama murmuró entre sollozos: “Madre”. La anciana Bai todavía podía oír bien y había escuchado toda la conversación. Tosió un poco, sacó a tuestas del lado de la almohada un escupidero, escupió y luego dijo: “Tu cuñada cuarta es muy habladora, no seas como ella. Tú sabes que cada uno tiene sus dificultades. Ella en todo quiere ser la primera. Por mucho tiempo mandó en la casa. Por desgracia, tu hermano cuarto la decepcionó, embriagado por las prostitutas y los juegos de azar, no sólo contrajo enfermedades sino que malgastó el dinero de la familia. Tu cuñada sintió tanta vergüenza que tuvo que dejarle el mando a la tercera, pero nunca pudo tragar la humillación. En cambio tu cuñada tercera, no es muy capaz y le cuesta mucho trabajo manejar la casa. Por todo eso, debes ser más comprensiva con ellas”. Al ver que su madre hablaba de todo menos del problema principal, Liusu se desilusionó y quedó en silencio.

La anciana Bai se volteó hacia la pared y continuó: “Hace dos años aún había remedio, bastaba con vender algo de tierra

para alimentar a la familia. Pero ahora ya no se puede. Estoy vieja, en cualquier rato moriré sin poder ocuparme de ustedes. No hay banquetes interminables en este mundo. Vivir conmigo no es una solución de largo plazo. Te conviene regresar y adoptar a un niño, en unos diez años podrás levantar cabeza”.

En ese momento la anciana sintió que la cortina de la puerta se movió: “¿Quién es?” La cuarta señora se asomó y dijo: “Madre, la señora Xu aún está abajo esperando hablar del casamiento de la séptima hermana”.

“Ya voy, enciende la lámpara”. La cuarta señora prendió el foco y ayudó a la anciana a levantarse, vestirse y bajar de la cama. La anciana preguntó: “¿La señora Xu encontró a alguien adecuado?” “Según ella, es bastante bueno, sólo que es un poco mayor”. La anciana tosió un poco y dijo: “Bai Luo ya tiene 24 años y es mi dolor de cabeza. En vano me he preocupado tanto por ella si todos piensan que por no ser mi hija retraso intencionalmente su matrimonio”. La cuarta señora llevó a la anciana del brazo hasta la habitación exterior. “Sacá mi nuevo té y prepara una taza para la señora Xu. El té Longjin del canuto verde, me lo trajo mi cuñada el año pasado, y el del frasco grande es Biluochun, no te confundas”. La cuarta señora asentía con la cabeza gritando: “¡Vengan! ¡Enciendan las luces!” Se oyó una ráfaga de pasos. Unos muchachos robustos vinieron a ayudar a la sirvienta a bajar a la anciana por la escalera.

La cuarta señora buscaba el té que la anciana había escondido, cuando de pronto sonrió: “Eh, séptima hermana, ¿de dónde saliste? ¡Qué susto me has dado! Aún me pregunto por qué hace un rato desapareciste de pronto”. “Estaba tomando aire en la terraza”, respondió Baoluo en voz baja. La señora cuarta rió sonoramente: “No seas tan tímida. Te voy a dar un consejo, cuando te cases, ten cuidado de no hacer todo según tu antojo. ¿Acaso crees que el divorcio es cualquier cosa? ¡Te divorcias cuando quieras y no pasa nada! Si fuera realmente tan fácil, con lo inútil de tu hermano cuarto, yo ya debería divorciarme. También tengo casa materna y tengo a dónde regresar. Pero en estos años no puedo no pensar en ellos, tengo corazón y me

preocupan mis padres, no puedo exprimirlos y dejarlos aún más pobres. No soy una sinvergüenza”.

Bai Liusu, sola y triste, estaba arrodillada al pie de la cama de su madre. Al oír esas palabras apretó fuerte la zapatilla contra el pecho. La aguja incrustada en la zapatilla se encajó en su mano pero ella no sintió dolor. “Ya no podré vivir en esta casa, ya no quepo aquí”, susurró. Su voz pálida y entrecortada flotaba en el aire como polvo y ceniza. De pronto, sintió que sacos de polvo y ceniza colgaban de su cabeza y cara. Creyendo apoyar su cabeza en las rodillas de su madre se tiró en la cama; lloraba mientras rogaba “Madre, madre, ampárame”. Su madre sonrió inexpresiva sin decir palabra. Ella bañada en lágrimas, apretaba y sacudía con fuerza los pies de su madre, suplicándole una y otra vez: “Madre, madre”.

De pronto, retrocedieron los años. Aquel día cuando salieron de la ópera, ella sólo tenía diez años. En la calle bajo la fuerte lluvia su familia se dispersó. Parada en la banqueta, estaba sola. Miraba a la gente y la gente la miraba. Los separaba el ventanal empañado de los carruajes, una cortina de vidrio sin forma... gente ajena. Cada uno estaba atrapado en su minúsculo mundo, ella quería entrar pero no podía. Parecía embrujada. De pronto oyó pasos a su espalda, pensó que era su madre. Procuró reponerse sin decir una sola palabra. La madre que ella anhelaba y la que le tocó eran dos personas muy diferentes.

La persona que se acercó a la cama, se sentó y empezó a hablar era la señora Xu. Le aconsejó diciendo: “Niña, no te aflijas, levántate, levántate, qué calor hace”. Liusu, apoyándose en la cama, logró levantarse: “Tía, yo... aquí ya no quepo. Siempre sabía que no me querían, sólo faltaba que me lo dijeran. Hoy me lo dijeron en la cara, lo dijeron y lo repitieron, ya no podré vivir aquí”. La señora Xu la sostuvo y mientras se sentaban a la orilla de la cama, decía: “Eres tan noble que no me extraña que tus hermanos se aprovecharan de ti. Ellos movieron tu dinero aquí y allá hasta que lo gastaron todo, ahora deberían mantenerte durante toda tu vida”. Era tan difícil escuchar unas palabras de aliento que Liusu ni siquiera se detuvo a pensar si eran since-

ras o falsas. Estaba conmovida desde el fondo del corazón; las lágrimas brotaron:

“¿Por qué soy tan tonta? Por unos cuantos centavos, ahora aunque quierairme, ya no puedo.”

“La gente joven siempre tiene una salida”, dijo la señora Xu.

“Si tuviera una salida ya me hubiera ido. No estudié, no tengo hombros para cargar ni manos para trabajar, ¿para qué sirvo?”

“Buscar trabajo es inútil, pero buscar un hombre sí que sirve.”

“Temo que no es posible. Mi vida hace tiempo que acabó.”

“Sólo los ricos que no se preocupan por la comida y la ropa pueden decir eso, los pobres aunque no quieran tienen que seguir viviendo. Aunque te cortes los cabellos y te vayas a un monasterio o te dediques a recolectar limosna, no dejarás de ser mundana ni escaparás de la gente.”

Liusu permanecía en silencio con la cabeza agachada mientras la señora Xu continuaba:

“Si me hubieras hablado de esto hace dos años, habría sido más fácil.”

Esbozando una leve sonrisa Liusu comentó: “Claro que sí, ahora ya tengo veintiocho”.

“Para una persona buena como tú veintiocho años no son nada. Voy a pensar algo, pero no puedo no culparte. Te divorciaste hace ya siete, ocho años; si me lo hubieras dicho antes, ¿desde cuándo te hubieras ido y cuánto sufrimiento te habrías ahorrado?”

“Tía, conoces a mi familia. ¿Cómo crees que me hubieran permitido salir a buscar a alguien? Esperar que ellos lo encuentren, nunca lo aceptarán y aunque lo acepten, detrás de mí aún quedan dos hermanas sin casarse; además, las hijas de mi tercer hermano ya están en edad de merecer. Si ni para ellas encuentran, ¿tú crees que alguien va a preocuparse por mí?”

Sonriendo, la señora Xu dijo: “Hablando de tus hermanas, aún estoy esperando su respuesta”. “¿Hay esperanzas para la

séptima hermana?” “Ay va, con intención de dejar a las mujeres ponerse de acuerdo, les dije que iba a subir a verte y luego bajaba. Ya es hora de bajar. ¿Puedes ayudarme a bajar?” A Liusu no le quedó otra cosa que acompañarla. La sostenía del brazo mientras bajaban la escalera. La vieja escalera rechinaba por el peso de la gorda señora Xu. Cuando llegaron al pasillo, Liusu quería prender la luz pero la señora Xu se adelantó: “No es necesario, se ve bien. Están en el cuarto del Oriente. Ven conmigo, entre risas y pláticas todo se va a olvidar. De lo contrario, mañana a la hora de comer no podrás evitar verles la cara y sentirte mal”. Liusu no podía escuchar la palabra “comer” sin sentir piquetes en el corazón. Sonrió sin ganas y dijo: “Gracias tía, pero no me siento como para estar con la gente. Temo perder el control y decir cosas indebidas y de esa manera echar a perder su buena intención”. Al darse cuenta de que no la iba a convencer, la señora Xu desistió, empujó la puerta y entró sola.

La puerta se cerró y el salón se quedó en penumbras. Por el cristal de la puerta entraban destellos de luz que caían sobre el piso de ladrillos verdes. En la penumbra se divisaban libreros altos y bajos, empotrados en la pared, hechos de sándalo rojo y decorados con sellos verdes. Sobre la mesa del salón, dentro de una caja de cristal, estaba el reloj de esmalte que anunciaba las horas. Hacía tiempo que estaba averiado. A los costados del salón colgaban cuadros rojos con inscripciones simétricas; flores doradas formaban el carácter “寿 shou” (símbolo de larga vida). Cada flor envolvía una palabra escrita con mucha tinta y mucho entusiasmo. Con esa luz, las letras parecían flotar en el vacío muy lejos del papel. Liusu sentía que era una de esas palabras que flotaban sin poder aterrizar. La mansión de los Bai parecía un palacio de los inmortales. Ahí apenas pasó un día pero en el mundo han pasado mil años. En su casa daba igual un día que mil años, puesto que todos los días eran igualmente planos y aburridos. Con los brazos cruzados, Liusu apoyó su cuello. Siete, ocho años transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos ¿Aún estás joven? Descuida, en dos años ya te habrás puesto vieja. Aquí la juventud no es apreciada; lo que sobra son jóvenes, los hijos

nacen uno tras otro, generación tras generación, nuevos ojos brillantes, frescos labios, nueva sabiduría. Lenta y tímidamente pasan los años uno tras otro, los ojos se paralizan, el hombre se paraliza, pero la nueva generación ya nació. Los brillantes papeles rojos y dorados, decorados con flores y caligrafía devoran a los ancianos. Cada pedazo dorado es un destello de los ojos asustados de los antepasados.

Liusu de repente soltó un grito, tapó sus ojos y tambaleándose corrió por las escaleras. Subió y entró a su cuarto. Prendió la luz y se arrojó frente al espejo de la cama para estudiar la imagen que el espejo devolvía. Estaba bien, aún no se veía muy vieja. Su cuerpo delgado y fino era de los que no envejecían con facilidad, con aquella cintura diminuta y los pechos como de una niña. Su cara, antes blanca como porcelana, ahora era como el jade, un jade suave semitransparente. Los pómulos antes eran redondos, con los años se agudizaron los huesos, afilando su pequeño y bello rostro. Su cara era estrecha pero el entrecejo era muy amplio. Tenía unos ojos frescos, tiernos y muy femeninos. En la terraza el cuarto señor otra vez tocaba el laúd. Siguiendo el ritmo de las cuerdas que se estiraban, Liusu no pudo evitar mirar coqueta de reojo el espejo. Volteaba los ojos mientras hacía movimientos con la mano.

Esos movimientos frente al espejo no parecían seguir el ritmo de un instrumento de dos cuerdas, eran más bien de una danza celestial al ritmo de una lejana orquesta. Bailaba dando unos pasos a la izquierda y otros a la derecha. Cada paso seguía una música antigua que hacía tiempo dejó de existir. De pronto sonrió, fría y con malicia reía cuando la música en su cabeza se detuvo. La bicuerda en la terraza aún recitaba cantos populares que ya no tenían nada en común con Liusu.

Durante todo ese tiempo, el cuarto señor escondido en la terraza siguió tocando el laúd porque sabía que no cabía en la plática del salón principal. Cuando la señora Xu se fue, en el palacete de los Bai todos se pusieron a discutir y analizar su propuesta. La señora Xu pensaba presentarle a Baoluo a un señor de apellido Fan. Ese hombre tenía relaciones con el señor Xu en

los negocios de las minas. La señora Xu conocía muy bien a la familia de Fan y estaba segura de que era un excelente partido. El padre de Fan Liuyuan era un conocido chino de ultramar que poseía muchas propiedades en Ceilán, Malasia y otros lugares. Fan Liuyuan tenía 33 años, sus padres ya eran difuntos. Los Bai interrogaron a la señora Xu, ¿cómo era posible que un yerno tan perfecto continuara soltero hasta ahora?

La respuesta no se hizo esperar. Cuando Fan Liuyuan regresó de Inglaterra, todas las señoras llevaron a sus hijas a su puerta, se las ofrecían de mil maneras, alabando sus virtudes y habilidades, luchando y peleando entre sí. ¡Qué circo! Lo echaron a perder. Desde entonces él veía a las mujeres como si fueran lodo en sus zapatos. Debido a las vivencias de su juventud, tenía un carácter raro, pues la unión de sus padres era ilegítima. Su padre de joven fue a Londres a investigar el mercado, allá conoció a una china cortesana con la que se casó en secreto. Su esposa original supo del asunto a medias. La joven esposa tenía miedo de su venganza y no se atrevía a regresar a China. Su hijo Liuyuan creció en Inglaterra. Cuando el padre murió, aunque la esposa original tenía sólo dos hijas, a Liuyuan no le fue fácil legitimar su estatus. Varios años deambuló por Londres, pasando ratos difíciles. Pero finalmente logró el derecho de heredar a su padre. El clan Fan hasta ese momento no lo aceptaba muy bien por lo que él prefería vivir en Shanghai, pues le costaba trabajo regresar a Cantón a la casa paterna. Desde joven vivió varios traumas. Poco a poco se desvió y se dedicó a la vida alegre. Entre prostitutas, casinos, banquetes y ropa elegante, probó de todo. Era un soltero feliz que nunca pensó en una familia y menos en el matrimonio. La cuarta señora comentó: “Este tipo de hombres exige demasiado. Nuestra séptima hermana es hija de una concubina, ojalá él no se fije en ello. De lo contrario, se perderá una excelente oportunidad. ¡Qué pena!” “Él también es hijo de una concubina”, dijo el tercer señor. “Pero él es un hombre tremendo. Quién sabe si nuestra séptima hermana, con lo tonta que es, lo pueda atrapar. Mi hija grande es más lista, aunque es pequeña, es muy madura, entiende todo”, dijo la cuarta. “Pero la diferencia de edades es

enorme”, opinó la tercera. “Ay, no entiendes, para estos tipos, entre más joven mejor. Si mi hija grande no lo logra, está la segunda”, agregó la cuarta. La tercera burlándose dijo: “Tu segunda hija es veinte años más joven que el señor Fan”. La cuarta señora la jaló y en secreto la regañó: “Cuñada, no seas tonta, ¿acaso estás a favor de la séptima hermana? ¿Qué es ella de nosotros? Nos parieron distintas madres y eso no es poca cosa. Cuando se case, ninguno de nosotros tendremos algún provecho de ella. Lo digo por el bien de todos nosotros”. Sin embargo, la anciana Bai tenía mucho miedo a los comentarios de los parientes y la sociedad por haber descuidado a la séptima hermana, huérfana de madre. Por eso decidió actuar conforme al plan original. La señora Xu iba a escoger una fecha y organizar una reunión para presentar a Baoluo al señor Fan.

La señora Xu, queriendo matar dos pájaros de un tiro, encontró para Liusu a uno de apellido Jiang. Trabajaba en la aduana. Se le murió la esposa dejando a cinco hijos y él buscaba desesperadamente a una madre sustituta. La señora Xu recomendó ocuparse primero de Baoluo y luego de Liusu, ya que Fan Liuyuan pronto se iba a Singapur. Para los Bai el casorio de Liusu era un chiste de mal gusto. Con tal de echarla de casa, ni preguntaban ni oían, simplemente dejaban a la señora Xu seguir empeñada en el asunto.

Estaban tan ocupados con el matrimonio de Baoluo que todo se volteó de cabeza. Las dos eran hijas de la familia pero con una mostraban entusiasmo de fuego y por la otra, de hielo. Y la otra se sintió.

La anciana Bai sacó todo el oro, las perlas y los ajuares y se los dio a la séptima hermana. Todo lo que había se lo colgó a Baoluo. La abuela incluso obligó a la tercera señora a sacar una tela de seda bordada con hilo dorado, que la tercera nieta recibió de su madrina el día de su cumpleaños, y la usó para hacer un *qipao*¹ para Baoluo.

¹ Vestido femenino y tradicional de China, con cuello cerrado y aberturas laterales.

Entre las cosas personales de la anciana, almacenadas durante años, lo que abundaba eran pieles. Pero en el verano las pieles no se podían usar, así que empeñó un manto de piel y con ese dinero mandó a rediseñar sus alhajas viejas según modelos recientes. Aretes de perlas, brazaletes de jade, anillos de esmeralda, todo eso era obligatorio. Era importante presentar a Baoluo como un arreglo floral, costara lo que costara.

Cuando llegó el gran día, la anciana, el señor tercero, su esposa, el señor cuarto y su esposa naturalmente tenían que ir. Baoluo sin querer oyó el plan secreto de la cuarta señora y la aborreció. De ninguna manera quería ir junto con las dos hijas de la cuarta, pero no sabía cómo negarse, así que le pidió a Liusu que le hiciera compañía. En un carro se sentaron siete personas, ya no podían estar más apretados, así que Jinzhi y Jinchan, las hijas de la cuarta, tenían que quedarse en casa. Salieron a las cinco de la tarde y regresaron hasta las once de la noche. Jinzhi y Jinchan estaban muy ansiosas y no podían dormir. Con los ojos abiertos, anhelaban su regreso. Pero cuando regresaron nadie quería hablar. Con la cara larga, Baoluo entró al cuarto de la anciana y con la rapidez del viento se despojó de todas las alhajas y se las devolvió. Sin decir una sola palabra regresó a su cuarto. Jinzhi y Jinchan jalaron a la cuarta señora hasta la terraza y reiteradamente le preguntaron qué había pasado. Ella enojada dijo: “Nunca he visto niñas como ustedes, si no es su casorio ¿por qué están tan intrigadas?” La tercera señora las alcanzó y con tono suave y gentil dijo: “No hables así, provocarás suspicacias.” La cuarta señora mirando hacia la habitación de Liusu gritaba: “Te digo a ti mi hija para que oiga la nuera, y ¿qué si la insultó a ella? ¿Acaso tiene mil años de no haber visto a un hombre?, ¿huele a un macho y se vuelve loca?” Jinzhi y Jinchan estaban sumamente confundidas, la tercera señora bien que mal consoló a su madre y les dijo: “Primero fuimos a ver una película”. Jinzhi replicó “¿Una película?”

“¿Qué les parece? ¡Que raro!, ¿verdad? Aquel señor vino a ver a una persona pero terminamos sentados en la oscuridad sin poder ver nada. Luego la señora Xu nos dijo que era idea del

señor Fan. Él tenía un plan macabro. Nos encerró ahí dos o tres horas, tiempo suficiente para que se desvaneciera el maquillaje y así él pudiera vernos a su gusto. La señora Xu adivinaba así. Según yo, aquel Fan no tenía ninguna intención firme. Quería ir al cine para no tener que ocuparse de nosotros. Cuando terminó la función, ya se quería ir”. La cuarta señora sin poder aguantar interrumpió: “Claro que no, las cosas iban muy bien al principio, si no fuera porque alguien de nuestro propio nido se puso a provocar el desorden, seguro habría un setenta u ochenta por ciento de garantía”. Jinzhi y Jinchán desesperadas al unísono dijeron: “¿Tía y luego?” La tercera continuó: “Luego la señora Xu lo detuvo, para que todos fuéramos a comer. Él dijo que nos invitaba”. La cuarta señora golpeando con las manos interrumpió nuevamente: “Está bien comer, pero claramente sabía que la séptima hermana no sabe bailar, ir a un salón de baile para estar sentados, ¿qué es eso? Yo no digo nada, pero la culpa la tiene el tercer hermano. Él también es un hombre paseado, cuando supo que Fan había ordenado al cochero ir a un salón de baile, ¿por qué no lo detuvo?” La tercera se metió: “Shanghai es muy grande, cómo iba a saber él en qué hotel hay baile y en cuál no hay. El cuarto señor es mucho más paseado que mi marido, el tercer señor no tiene tiempo para ir a investigar esas cosas”. Jinzhi y Jinchán querían saber qué pasó después. La tercera señora al ser interrumpida varias veces por la cuarta, perdió el interés de contar y sólo dijo: “Luego comimos, y al terminar regresamos a casa”.

Jinzhi preguntó: “¿Aquel Fan Liuyuan cómo era?” La tercera dijo: “¿Y yo qué sé? En todo el rato no le escuché ni siquiera tres palabras”, pensó un instante y añadió: “Pero baila muy bien”. Jinzhi sorprendida dijo: “¿Con quién bailó?” La cuarta no se aguantó: “¿Con quién más? Claro que con la sexta tía. A nosotras de familias decentes no se nos permite aprender a bailar, pero ella después de casarse con aquel patán aprendió esos menesteres. No tiene vergüenza, si te preguntan si sabes bailar qué te cuesta decir que no sabes, no saber no es pecado. Tu tía o yo por ejemplo, venimos de familias nobles, hemos vivido mucho y

hemos visto de todo pero no sabemos bailar”. La tercera suspiró: “Bailó una vez, según por cortesía, luego bailó de nuevo y otra vez”. Jinzhi y Jinchan al oír eso, sin querer abrieron la boca. La cuarta señora de nuevo soltaba insultos hacia la habitación: “A ésa la manteca le tapó el corazón. Si piensas que echaste a perder el negocio de tu hermana y que te quedarás con el hombre, estás equivocada, más te vale olvidar pronto esos pensamientos. El hombre en tantísimas señoritas ni siquiera se ha fijado, ¿crees que se va a fijar en una divorciada marchita como tú?”

Liusu y Baoluo dormían en la misma habitación. Baoluo ya estaba en la cama. Liusu encendía incienso en cuclillas para espantar a los mosquitos mientras escuchaba toda la conversación de la terraza, pero esta vez estaba muy tranquila. Encendió un cerillo y veía cómo el fuego consumía el palo. El fuego rojo parecía un banderín triangular que bailaba al son de su respiración. Cuando el fuego se acercó a sus dedos, ella sopló y lo apagó y el pedazo del banderín rojo que quedó, pronto se consumió tomando la forma de un fantasma que al desmoronarse dejó un montón de ceniza gris. Tiró en el cenicero el cerillo con el cual prendió el fuego. Lo que hizo hoy no fue a propósito. Pero como sea, les dio a todos una lección. Ellos piensan que mi vida ya se acabó. ¡Falta aún! Sonrió. Baoluo seguramente también la detestaba y odiaba incluso más que la cuarta señora, pero aunque la odiara, al mismo tiempo la veía con otros ojos, la respetaba. Una mujer, por buena que sea, si no logra el amor del sexo opuesto menos logrará el respeto del mismo sexo. Eso es el punto débil de las mujeres.

¿Fan Liuyuan de veras la quería? No necesariamente. Ella no creía ni una palabra de las que él le dijo. Se dio cuenta de que él estaba acostumbrado a mentir a las mujeres. No podía dejar de preocuparse. Ella no tenía en quién apoyarse, sólo se tenía a sí misma. En la cabecera de la cama colgaba el *qipao* de satín blanco que acababa de quitarse. Se sentó en el suelo, abrazó sus rodillas cubiertas por la bata y recargó su cabeza encima. El humo verde del incienso que flotaba en el aire aturdía sus pensamientos. En sus ojos brillaban las lágrimas.

Pasaron unos días y la señora Xu llegó de nuevo a la casa de los Bai. La cuarta señora predijo: “El comportamiento indecente de la sexta tía seguramente echó a perder el asunto de Baoluo. La señora Xu tenía razón para estar molesta. Si culpaba a la sexta tía ¿cómo le iba a presentar un novio? Ahora sí que nos quedamos como el perro de las dos tortas”. La señora Xu claro que no era tan entusiasta como antes. Esquivando el tema central, primero explicó por qué no había venido esos días, el esposo viajaría a Hong Kong por negocios y si todo salía bien, planeaban rentar una casa y vivir un tiempo allá, estos días ella estaba ocupada haciendo maletas, pues pensaba acompañarlo. En cuanto a Baoluo, el señor Fan ya no estaba en Shanghai, así que había que posponer el asunto. En cuanto al posible candidato para Liusu, el señor Jiang, la señora Xu supo que él ya tenía otra mujer y sería complicado separarlos, ese señor según ella no era de fiar así que había que olvidarlo. La tercera y la cuarta al escuchar estas palabras, se miraron y sonrieron.

La señora Xu, encogiendo las cejas, seguía hablando: “Mi esposo tiene muchas amistades en Hong Kong, lo malo es que el agua lejana no apaga el fuego cercano... Si la señorita Liu pudiera ir allá seguramente tendría muchas oportunidades. En estos últimos años, Hong Kong está lleno de shanghaineses prominentes. Es obvio que los Sanghaineses prefieren a shanghainesas, así que he oído decir que las paisanas son muy populares allá. Si la sexta señorita va allá, le sobrarán candidatos adecuados”. Todos sentían que la señora Xu era maestra de la diplomacia. Hace apenas dos días la hacía de celestina, de pronto el humo desapareció y el fuego se apagó, en lugar de salirse por la tangente, hablaba cosas sin importancia. La anciana Bai suspirando comentó: “Dar una vuelta a Hong Kong, ¡qué fácil se dice, eh!, pero...” Inesperadamente la señora Xu la interrumpió: “Si la señorita decide ir, yo la invito, si prometí ayudarla, lo voy a hacer”. De pronto todos se miraron boquiabiertos, hasta Liusu quedó perpleja. Pensó que cuando al principio se ofreció a buscarle novio, era porque le tenía compasión. Se descaminó por ella buscando al candidato apropiado, incluso invitó al señor Jiang a un banquete, todo eso

se entendía, pero gastar dinero en llevarla a Hong Kong, eso sí era demasiado. ¿Por qué la señora Xu sin más ni más quería gastar en ella ese dinero? Aunque en el mundo hay mucha gente buena, no hay muchos tontos que quieren ser caballeros con su propio dinero. La señora Xu traía algo, ¿tal vez era maniobra de Fan Liuyuan? La señora Xu había dicho que su esposo y Fan Liuyuan tenían muchos negocios juntos, tal vez la pareja quería amarrar a Fan Liuyuan. Sacrificar a una pariente desprotegida para quedar bien con Fan, era posible, ¿por qué no? Mientras Liusu le daba vueltas al asunto, la anciana Bai dijo: “No, cómo cree, no podemos pedirle a usted...” La señora Xu carcajeándose dijo: “No importa, es poco dinero, yo puedo cubrirlo. Además quisiera que la sexta señorita me ayude. Cargo con dos hijos, tengo la presión alta lo cual me cansa mucho, tenerla de compañía en el camino será de gran ayuda. ¡No la tomo por alguien extraño, le voy a encargar que me ayude!” La anciana Bai recitó varias frases de cortesía en representación de Liusu. La señora Xu volteó la cabeza y preguntó directamente: “Entonces qué señorita, irá con nosotros a Hong Kong, aunque fuera una sola vuelta vale la pena”. Liusu agachó la cabeza y sonriendo contestó: “Eres muy amable”. Rápidamente hizo cálculos. El asunto de aquel Jiang ya no tenía esperanzas, si aún después alguien le presentase otro candidato, seguro que será más o menos parecido a Jiang, o hasta peor. El padre de Liusu era un famoso apostador empedernido. Por jugar perdió todos los bienes, fue el primero que los encaminó por la vereda de la bancarrota. Las manos de Liusu no habían tocado ni baraja ni dados, pero también le gustaba apostar. Decidió jugar con su futuro. Si perdía, su reputación se caería al suelo y no tendría la dignidad para ser madrastra de cinco hijos, si ganaba, podría obtener a Fan Liuyuan, el premio mayor que muchas anhelaban, y así arrancarían del pecho esa angustia.

Liusu aceptó acompañar a la señora Xu. La señora Xu partía en una semana, así que Liusu se puso a ordenar su equipaje. Aunque en la casa no tenía gran cosa que ordenar, pero de cualquier manera estaba ocupada varios días. Vendió algunas piezas de joyería y añadió a su guardarropa algunos trapos

nuevos. Dentro de todas sus ocupaciones, la señora Xu buscó algo de tiempo y fue a asesorarla. Las atenciones de la señora Xu hacia Liusu llamaron la curiosidad de los Bai, quienes poco a poco cambiaron su actitud hacia ella. Aparte de sospechas, sentían algo de envidia, a sus espaldas rumoraban, pero ya no la insultaban en su cara, de repente también se podía oír: “hermana, tía, señorita”. Y todo era por si de veras lograba casarse con un rico hongkonés, tenían que dejar abierta la posibilidad de cordialidad en el futuro, no podían hacerla enojar.

Los señores Xu y sus hijos llegaron en un carro y la llevaron al barco. Tenían reservación en la primera clase de un navío holandés. El barco era pequeño y se tambaleaba mucho. Los señores Xu, tan pronto subieron al barco, se acostaron y no dejaron de vomitar todo el camino, los niños no paraban de llorar, Liusu de veras tuvo que ayudar durante varios días, finalmente cuando el barco se acercó a la orilla, por fin tuvo oportunidad para salir a cubierta y mirar el paisaje. Era una tarde muy calurosa, lo que más le llamó la atención eran los enormes anuncios rojos, morados y rosados que rodeaban el muelle y se reflejaban en el agua verdosa. Destellos brillantes de colores excitantes subían, bajaban y se debatían vigorosamente en el agua.

Liusu pensaba que en esta ciudad tan exagerada en todo, probablemente hasta los golpes dolían más que en otro lado. Sintió temor cuando de pronto alguien se abrazó de sus pies y estuvo a punto de tumbarla. Eran los hijos de la señora Xu. Ordenó su mente y fue a ayudar. Quién se imaginaba que las maletas y los hijos no querían estar juntos, de pronto las maletas se apilaron pero faltaba un niño. Liusu estaba ocupadísima pero no podía dejar de admirar el paisaje.

Al bajar a tierra firme llamaron dos carros y se dirigieron al hotel Qianshuiwan. Los autos se alejaron del centro de la ciudad. Viajaron mucho y en el camino sólo veían precipicios de tierra amarilla y roja, entre los bosques de los precipicios se divisaba el mar verde azulado. Cerca del hotel también había precipicios y bosques, pero ya era más luminoso. Muchos que fueron a pasear en la montaña regresaban en carros llenos de flores.

El viento regaba las risas. Llegaron a la puerta del hotel pero de tanta vegetación por ningún lado se veían edificios. Bajaron del carro y se dirigieron hacia unas amplias escaleras de piedra y llegaron a una explanada llena de flores y árboles de donde se divisaron en lo más alto dos casas amarillas. El señor Xu había reservado los cuartos con mucha anticipación, los mozos los condujeron por un pasillo de mosaico hacia un comedor amarillo, pasaron por unos corredores amarillos y subieron al segundo piso, al dar la vuelta se veía una puerta que miraba hacia un pequeño balcón con techo de bejuco tejido, bañado por el sol del atardecer.

De pie en el balcón platicaban dos personas. Estaba una mujer de espaldas cuyo largo pelo negro le llegaba a los tobillos. De sus tobillos colgaban brazaletes entrecruzados de oro rojizo. Sus pies estaban desnudos, no se veía claramente si traía o no pantuflas. Se divisaban sus pantalones color rosa estilo hindú de tela arrugada.

Un hombre tapado por aquella mujer de pronto llamó: “¡Hey, señora Xu!” Se acercó y saludó a los señores Xu y luego volteó y le sonrió a Liusu. Cuando Liusu se dio cuenta de que era Fan Liuyuan, aunque hacía tiempo que lo sospechaba, su corazón latió con mucha fuerza. La mujer del balcón de pronto desapareció. Liuyuan los acompañó a subir, en el camino todo el tiempo expresaban sorpresa y alegría como cuando los paisanos se encuentran fuera del terruño por casualidad. Aquel Fan Liuyuan no era precisamente un galán, sin embargo en su aspecto tosco había algo atractivo.

Los Xu ordenaban a los mozos acomodar el equipaje. Liusu y Fan Liuyuan caminaban adelante. Liusu preguntó sonriendo: “Señor Fan, ¿usted no fue a Singapur?” Liuyuan respondió en voz baja: “Te estaba esperando aquí”. Liusu no se imaginaba que él sería tan directo, así que decidió no indagar más por el miedo de que confesara que fue él y no la señora Xu quien la invitó a Hong Kong. Así que le sonrió como si tomara el asunto en broma.

Liuyuan se enteró que su cuarto era el 130, se detuvo y dijo: “Ya llegamos”. El mozo tomó la llave y abrió la puerta. Liusu tan

pronto entró instintivamente se dirigió hacia la ventana. Todo el cuarto parecía un marco amarillo donde el paisaje fuera de la ventana era el cuadro. Las olas alebrestadas salpicaban la cortina pintando los bordes de azul.

Liuyuan le dijo al mozo: “Pon la maleta frente al ropero”. Liusu, al oír su voz tan cerca de su oído, tembló sin querer, volteó la cara y vio que el mozo ya se había ido, pero la puerta no estaba bien cerrada. Liuyuan se acercó a la ventana, estiró una mano y la puso en el barandal de la ventana. Le tapó la vista mientras la miraba sonreír. Liusu bajó la cabeza. “¿Sabes que tu fuerte es bajar la cabeza?” Liusu levantó la cabeza y sonrió: “¿Qué? No te entiendo”. Liuyuan explicó: “Hay gente buena para hablar, hay buenos para reír, otros son buenos para arreglar la casa y tú eres buena para bajar la cabeza”. “Yo no sirvo para nada, soy una perfecta inútil”, dijo Liusu. “Las mujeres inútiles son las más peligrosas”, sonreía Liuyuan. Liusu se alejó sonriendo: ya no voy a hablar contigo, vamos a ver qué pasa al lado”. “¿Al lado? ¿Te refieres a mi cuarto o a la habitación de los Xu?” Liusu nuevamente tembló, “¿te alojas a mi lado?” Liuyuan ya había abierto la puerta: “Mi cuarto está muy desordenado, no es para visitas”.

Tocó en la habitación 131, la señora Xu abrió y los invitó a pasar: “Vénganse a tomar té con nosotros, tenemos desayunoador”. Luego tocó el timbre del servicio y pidió galletas y té. El señor Xu salió de la recámara: “Acabo de hablar con el señor Zhu, insiste en ofrecernos una cena de bienvenida, pidió que fuéramos todos al hotel Hong Kong, precisamente hoy”. Miró a Liuyuan y le dijo: “Tú también estás incluido”. La señora Xu rezongó: “Qué bárbaro eres, nos mareamos tantos días en el barco, hoy deberíamos descansar. Esta noche no hay que salir”. Liuyuan sonrió: “El hotel Hong Kong es de lo más anticuado y conservador que he visto, la decoración, la orquesta, todo es al viejo estilo inglés, hace unos cuarenta o cincuenta años estaba de moda, pero ahora ya no es tan emocionante. No hay nada que valga la pena, excepto aquellos raros extranjeros que visten pantalones abombados en días muy calurosos”. Liusu preguntó:

¿Por qué?” Liuyuan contestó: “Para imitar a los chinos”. El señor Xu añadió: “Ya que estamos aquí deberíamos ir a ver ese lugar. Sacrificate y acompáñanos”. “No puedo asegurarles nada”, dijo Liuyuan, “no me esperen”. Liusu se dio cuenta de que él no tenía ganas de ir. El señor Xu, por su parte, no era alguien que visitaba frecuentemente las pistas de baile, pero ahora estaba muy contento y además parecía que quería presentarle a ella algunas amistades, así que se sintió algo decepcionada.

Sin embargo, aquella noche los que les ofrecieron el banquete de bienvenida en el hotel Hong Kong eran varias parejas de gente mayor, los solteros eran apenas veinteañeros. Liusu estaba bailando cuando Liuyuan apareció de pronto y se la quitó a un hombre. En la tenue luz roja ella no pudo ver con claridad su cara, sólo pudo darse cuenta de su silencio poco usual: “¿Por qué no hablas?” Él contestó: “Todo lo que tenía que decirte de frente ya lo dije”. Liusu rió de pronto: “¿Cuánto misterio? ¿Acaso tienes algo que decirme de espaldas?” “Hay cosas que no sólo se dicen de espaldas a otros sino incluso a mí mismo me da vergüenza oírlos, por ejemplo, te amo, te amaré toda mi vida.”

Liusu mirando hacia otro lado dijo con coquetería: “¿Cómo se te ocurren esas cosas?” Liuyuan rezongó: “Si no hablo, porque no hablo, si hablo, porque digo tonterías.”

Liusu sonriendo le preguntó: “¿Por qué no te gusta que yo vaya a bailar?” “Los hombres por lo general desean echar a perder a las mujeres decentes, o bien transformar a las mujeres malas en decentes. Yo no tengo ganas de trabajar de más, considero que la mujer entre más decente mejor”, dijo Liuyuan. Liusu lo cortó con la mirada: “¿Crees ser diferente a los demás? Eres un egoísta, igual que todos”.

“¿Por qué egoísta?” Liusu pensaba para ella: Tu máximo ideal es una mujer pura como el jade pero, al mismo tiempo, fogosa. Pura para los demás, fogosa para ti. Si yo fuera una mujer simplemente decente y pura, jamás te fijarías en mí”. Inclino la cabeza y coquetamente le sonrió: “Quieres que sea una buena mujer ante los demás y una mala para ti”. Liuyuan pensando dijo: “No entiendo”. Liusu le explicó: “Lo que quieres es que sea mala

con los demás y buena contigo”. “¿Cómo es que tergiversaste lo que dije?”, sonrió Liuyuan, “Lograste confundirme”. Reflexionó y continuó: “No tienes razón”. “Así que entendiste, ¿eh?”, le dijo Liusu mientras él seguía hablando: “Mala o buena no quisiera que cambies, no es fácil encontrar una auténtica china como tú”. Liusu suspiró: “Apenas soy una mujer pasada de moda.”

“Las verdaderas mujeres chinas son las más hermosas del mundo, jamás pasan de moda.”

“Para alguien tan moderno como tú...” Liuyuan interrumpió: “Quieres decir tan occidentalizado, definitivamente no soy un típico chino, es en los últimos años que me he hecho cada vez más al estilo chino. Pero sabes que cuando un chino occidentalizado se vuelve conservador es más testarudo que cualquiera”. “Tú conservador, yo conservadora, además dijiste que la pista de baile del hotel Hong Kong era la más conservadora de todas...” Rieron los dos juntos al unísono cuando la música paró. Liuyuan la acompañó hasta la mesa y sonriendo con amabilidad dijo: “La señorita Bai tiene dolor de cabeza, la llevaré a descansar”. Liusu no le había pedido hacer eso, de pronto no supo cómo manejar el asunto, no quería hacerlo enojar, ya que la relación aún no era tan profunda como para comenzar a pelear, así que lo único que le quedó fue dejarse poner el abrigo, disculparse y salir junto con él.

Se toparon de frente con unos caballeros occidentales que rodeaban a una mujer. Liusu primero se fijó en sus hermosos cabellos negros. Dos largas trenzas formaban en la cabeza un chongo.

Aunque esta vez estaba vestida al estilo occidental, aquella mujer hindú aún destilaba un espeso aire oriental. Debajo de la finísima gasa negra se entreveía un dorado vestido ajustado que tapaba sus bellas manos y sólo dejaba entrever sus brillantes uñas. Su cuello V abría una vereda hasta la cintura, era el último grito de la moda en París, este estilo tenía un nombre en chino: “el camino al cielo”. Su cara amarilla y bien lubricada la hacía ver como un Buda dorado, pero sus ojos grandes y profundos escondían demonios. Tenía una nariz clásica, sólo

que algo filosa y delgada. Sus pequeños labios color rosa se veían carnosos por el carmín. Liuyuan se detuvo y se inclinó levemente ante ella mientras que Liusu la miraba parada al lado. Ella también miraba a Liusu. Aquel par de ojos parecían atravesarla desde un lugar muy distante. Liuyuan la presentó: “Ella es la señorita Bai y ella es la princesa Sahainí”. Liusu de pronto se sorprendió. La princesa sacó su mano y con sus dedos apenas tocó la mano de Liusu mientras le preguntaba a Liuyuan: “¿La señorita Bai también es de Shanghai?” Liuyuan asintió con la cabeza. La princesa sonrió: “Ella no parece shanghainesa”. “¿De dónde parece?”, preguntó Liuyuan. La princesa puso el dedo en la mejilla, pensó un rato, movió sus diez finos dedos como queriendo expresar algo sin poder hacerlo, luego levantó los hombros, sonrió y caminó hacia la sala. Liuyuan jalando a Liusu se dirigió hacia fuera. Aunque Liusu no entendía muy bien el inglés, por los ademanes dedujo algo y sonriendo dijo: “Así que soy campesina”. Liuyuan replicó: “Te acabo de explicar que tú eres una típica china y claro que no eres igual a las shanghainesas que ella conoce”.

Subieron al carro mientras Liuyuan seguía hablando: “Aunque ella se vea tan distinguida no te asustes. Ella siempre pregona ser hija legítima del soberano Krishna, su madre por órdenes del rey se suicidó al ser desplazada. La hija fue desterrada y desde entonces deambula sin poder regresar. En realidad lo cierto es que no puede regresar a casa, lo demás son puras conjeturas”. “¿Ha ido ella a Shanghai?”, preguntó Liusu. “En Shanghai también es muy famosa. Después vino a Hong Kong con un inglés. ¿Viste al viejito detrás de ella? Ahora él la mantiene”. Liusu sonrió: “Así son ustedes los hombres, en su cara son caballerosos pero a espaldas luego dicen que no vale ni un centavo. Una mujer como yo de familia noble pero en franca decadencia, que ni siquiera se le puede comparar ¿quién sabe lo que les dices a los demás sobre mí?” “¿Quién se atreve a juntar de un aliento tu nombre con el suyo?”, respondió Liuyuan. Liusu encogiendo los labios replicó: “Tal vez porque su nombre es muy largo, y no se puede pronunciar en

un suspiro”. “No te preocupes, te trataré como te mereces, no me voy a equivocar”, contestó Liuyuan. Liusu fingía calmarse, se recargó en la ventana y dijo: “¿De veras?” Las palabras de Liuyuan no parecían de burla, ella se había dado cuenta de que a solas él se portaba como un caballero. No sabía por qué él a solas con ella estaba tan serio y ante la gente le gustaba parecer mujeriego. Será por su extraño carácter o tendría alguna otra intención.

Al llegar a Qianshuiwan, él la ayudó a bajar, y señalando la hilera de árboles al lado del camino dijo: “Mira aquel árbol, es una especie que sólo existe en el Sur, los ingleses lo llaman flor silvestre”. “¿Es rojo?”, preguntó Liusu. “Sí”, contestó Liuyuan. En la noche ella no pudo ver lo rojo pero presentía que era rojo a más no poder, un rojo como llama encendida en los copos de los árboles cuyas chispas incandescentes contagiaban al cielo azul. Levantó la mirada mientras Liuyuan decía: “Los cantoneses le dicen ‘la sombra’. Mira las hojas”. Soplabla el aire y las oscuras hojas delicadas y largas se meneaban suavemente y emitían un sonido indefinido, como un canto incomprensible, como el sonido de las campanillas en el cuello del ganado.

Liuyuan dijo: “Vamos a caminar por allá”. Liusu no se opuso, él caminaba y ella lo seguía lentamente. De cualquier manera, aún era temprano y había mucha gente paseando por la calle, así que no había problema. Al alejarse un poco del hotel Qianshuiwan, en el aire colgaba un puente, de aquel lado del puente se veían montañas, de este lado, un muro de ladrillos grises tapaba las montañas. Liuyuan se recargó en la pared, Liusu también se recargó. A simple vista aquel muro era tan alto que no se divisaba su fin. El muro estaba helado y rasposo, tenía el color de la muerte. Su cara recargada en la pared en contraste con el muro se veía real y verdadera, labios púrpuras, ojos húmedos, era una cara inteligente. Liuyuan mirándola dijo: “No sé por qué este muro me hace recordar aquel dicho que reza: ‘el amor es eterno como el cielo y la tierra’. Un día cuando esta civilización se extinga por completo, cuando todo se acabe, desaparezca, se esfume, tal vez lo único que quedará será este

muro. Liusu, si en aquel entonces nos encontramos debajo de este muro... Tal vez tú, Liusu, sentirás entonces algo verdadero por mí y yo sentiré algo verdadero por ti”.

Liusu le reprochó: “Tú sólo confesaste que sueles fingir, mas yo no soy así. ¿Cuándo me has descubierto mintiendo?” Liuyuan rió: “Sí, cómo no, no hay nadie más ingenuo que tú.” “No te burles, ¡eh!”, dijo Liusu.

Liuyuan permaneció callado un largo rato y lanzó un suspiro. “¿Qué penas tienes tú?”, le preguntó Liusu. “Ah, muchísimas”, contestó Liuyuan. “Si alguien tan libre como tú se queja del destino, desde hace cuándo debería haberme ahorcado yo.”

“Sé que no estás feliz, estás harta de todo lo malo y de todos los patanes que nos rodean. Pero si fuera la primera vez que te topas con esta realidad te daría mucho más asco. A mí me pasa eso. Cuando regresé por primera vez a China, ya tenía veinticuatro años. Tuve muchas ilusiones sobre mi terruño. Puedes imaginar cuánto me decepcioné. No aguanté los golpes, sin querer me resigné. Tú... si tú me hubieras conocido antes, tal vez ahora me perdonarías más fácil.”

Liusu trató de imaginar que veía por primera vez a su cuarta cuñada y de pronto gritó: “Cuando apenas los conoces aunque sean malos y perversos, no tienen nada que ver contigo, son ajenos a ti, pero si tú creciste entre ellos, ¿cómo podrás distinguir hasta dónde son ellos y desde dónde eres tú?”

Liuyuan estaba callado y después de un rato dijo: “Tal vez tengas razón, tal vez es sólo un pretexto equivocado, me engaño a mí mismo.” De pronto rió: “En realidad, yo no necesito un pretexto, me gusta divertirme, tengo el dinero, tengo el tiempo ¿para qué necesito excusas?” Pensó un rato y nuevamente se puso triste: “Ni yo me entiendo, pero quisiera que tú me entendieras. ¡Quiero que me entiendas!” Hablaba así aunque ya estaba desilusionado. Pero aún no desistía y tiernamente rogaba: “¡Quiero que tú me entiendas!”

Liusu estaba dispuesta a intentarlo. Hasta cierto límite ella estaba dispuesta a todo. Ladeó la cara, lo miró y en voz baja le dijo: “Te entiendo, te entiendo”. Lo consolaba, pero de pronto

recordó su propia cara iluminada por la luna, aquellas finas facciones, cejas, ojos tan bellos y tan irreales.

Y agachó la cabeza. Liuyuan comenzó a reír y en otro tono dijo: “Sí, no te olvides que tu especialidad es agachar la cabeza. Pero algunos dicen que sólo a las niñas de diez años les queda agachar la cabeza. A la mayoría de las que les queda agachar la cabeza por lo general la agachan. Pero si la agachan demasiado les salen arrugas en el cuello”. Liusu se enfureció y sin querer alzó las manos y se acarició el cuello. Liuyuan seguía riendo: “No te preocupes, a ti nunca te saldrán. Si no me crees, cuando regreses al cuarto desabrocha tu vestido y compruébalo tú misma”. Liusu no contestó, se dio la vuelta y caminó. Liuyuan la siguió riendo: “Déjame decirte por qué conservas tu belleza. Saheini en una ocasión me dijo que ella no se quería casar, porque las mujeres hindúes tan pronto se quedan en casa, sentadas todo el día, claro que engordan. Le dije que las mujeres chinas no hacen nada, ni siquiera engordan, porque hasta para engordar se necesita algo de esfuerzo, la flojera también tiene sus ventajas”.

Liusu no le hacía caso. Él la seguía y mientras le pedía perdón humildemente trataba de contentarla. Ella no se relajó sino hasta llegar al hotel. Cada uno entró a su cuarto. Liusu recapitulaba, así que a Liuyuan le gustaba el amor platónico. Ella también se inclinaba por ese tipo de amor, ya que el resultado del amor espiritual siempre es el matrimonio y el amor carnal casi siempre se detiene en algún punto y son pocas las esperanzas de matrimonio. El amor espiritual sólo tiene un defecto, en el proceso amoroso la mujer no comprende las palabras del hombre. Pero eso no importaba mucho ya que finalmente llegará el matrimonio, luego buscar casa, amueblarla, contratar servidumbre, en esas cosas la mujer regularmente es más capaz. Pensaba así cuando decidió no preocuparse por el insignificante malentendido de ese día.

Al otro día por la mañana no oyó ruidos en el cuarto de la señora Xu, sabía que ellos se levantaban tarde. La señora Xu le había dicho que la costumbre de acá era tomar el desayuno en la habitación, pagarlo y además dejar algo de propina. Ella

decidió ahorrar un poco y bajar al comedor para desayunar. Se lavó, se peinó y apenas cruzar el umbral un mozo que estaba parado frente a la puerta la vio y tocó en el cuarto de Fan Liuyuan. Liuyuan salió de inmediato y sonriendo le dijo: “Vamos a desayunar juntos”. Mientras caminaba bromeaba: “¿Los Xu aún no levantan las velas?” Ella respondió sonriendo: “Seguro que están cansados de tanta fiesta, ayer no los oí llegar, seguro llegaron al amanecer”. Se sentaron en una mesa en el pasillo del comedor. Fuera del barandal de piedra crecía una hilera de palmeras. Sus hojas se meneaban suavemente bajo los rayos del sol, parecía una enorme fuente brillante. Debajo de los árboles había una fuente pero no tan bonita. Liuyuan preguntó: “¿Qué planes tendrán los Xu hoy?” “Creo que buscarán casa”. “Bueno, ellos que busquen su casa y nosotros iremos a divertirnos por nuestra cuenta. ¿Quieres ir a la playa o pasear por la ciudad?” Liusu el día anterior por la tarde observó la playa cercana con unos binoculares. Muchas mujeres y hombres con ropa colorida, un ambiente muy cálido, sólo que algo libertino para su gusto. Quería evitar eso así que se decidió por el paseo en la ciudad. Subieron al camión del hotel y llegaron al centro.

Liuyuan la llevó a comer a Dazhonghua. Cuando Liusu oyó que todos los meseros hablaban el dialecto de Shanghai y la música ambiental era de Shanghai sorprendida dijo: “¿Es un restaurante shanghainés?”

“¿No tienes nostalgia?” “Pero... llegar a Hong Kong para comer comida de Shanghai es algo tonto.” “Cuando estoy contigo me gusta hacer cosas tontas, como subirnos a un tranvía y dar vueltas o ver una película que he visto dos veces.” “¿Quieres decir que te contagié mi estupidez?” “Entiéndelo como quieras”.

Cuando terminaron de comer Liuyuan tomó el vaso de vidrio y acabó de un solo trago el té, luego levantó el vaso aún más alto y se puso a mirarlo. “¿Qué es eso tan interesante? Deja que yo también lo vea”, dijo Liusu. “Sigue la luz, lo que se forma en el centro me hace recordar los bosques de Malaya”. Las hojas verdes se pegaron por un lado de la copa, parecían formar un plátano verde esmeralda. Las hojas amontonadas en

el fondo de la copa parecían herbáceos trepadores y pértigas desordenadas.

Liusu se acercó para mirar la copa, Liuyuan le mostraba con el dedo. De pronto ella sintió que él la miraba a través del vidrio como sonriendo. Ella soltó el vaso y sonrió. Liuyuan dijo: “¿Te acompaño a Malaya?”

“¿A hacer qué?”

“Retornar a la naturaleza”, dijo Liuyuan, pensó un poco y luego añadió: “Sólo que no te puedo imaginar corriendo en el bosque con *qipao*. Pero... tampoco te puedo imaginar sin *qipao*”.

Liusu alargó la cara: “No digas tonterías”.

“Lo digo en serio, desde que te vi por primera vez sentí que aquel tipo de chaleco largo, moderno, sin mangas, no debe tocar tu cuerpo, pero tampoco deberías vestir ropa occidental. El *qipao* manchú tal vez es más apropiado pero sus líneas son muy rígidas”.

“En una palabra, cuando alguien es feo no importa cómo se vista, siempre se verá feo”, dijo Liusu.

“No me malinterpretes nuevamente, lo que pasa es que no pareces de este planeta”, contestó Liuyuan riendo. Tus movimientos tienen un fuerte tono romántico, parece que estás cantando ópera.”

Liusu levantó las cejas y sonrió con frialdad: “Hm, para la ópera se necesita más de uno. No es que siempre quiera fingir, es que me han obligado, la gente juega conmigo, si no entro al juego me tratan como tonta y me humillan”. Liuyuan al escuchar eso se desanimó un poco. Levantó la copa vacía, intentó tomar, luego la bajó y suspiró: “Es mi culpa, si aprendí a fingir es porque todos fingen conmigo. Sólo a ti te he dicho algunas verdades. Pero no las captaste”. “No soy gusano en tu vientre”, contestó Liusu.

“Sí, tienes razón, todo es mi culpa. Pero he hecho muchos planes para nosotros. Cuando te vi por primera vez en Shanghai, pensé que al salir de tu casa estarías menos tensa. Anhelaba que vinieras a Hong Kong, ahora te quiero llevar a Malaya a la selva de los aborígenes...” Se reía de sí mismo, su voz era áspera

y tosca. No terminaba de reír cuando pidió la cuenta, la pagó y recuperó su postura de siempre, altanero pero con clase.

Diario la acompañaba a pasear por todos los lugares, vieron todo, cine, ópera cantonesa, casinos, el hotel Glos, el hotel Sihao, cafeterías, tiendas hindúes de seda, restaurantes de comida de Sichuan de Jiulong...

Por la noche salían a pasear hasta muy tarde. Ella no lo podía creer, él ni siquiera tocaba su mano. Ella siempre era muy precavida, tenía miedo de que algún día se quitara la máscara, la avasallara, sin embargo, los días pasaban y él seguía guardando la postura de caballero. Ella estaba en guardia pero no pasaba nada. En un principio se inquietó, se sintió algo incómoda como cuando bajas escaleras y te falta un escalón, luego poco a poco se acostumbró.

Salvo una vez en la playa. Esa vez ella logró conocer un poco más a Liuyuan. Pensaba que ir a la playa no era peligroso, así que pasaron allá toda la mañana.

Se sentaron juntos en la arena, uno al lado del otro pero una miraba al Este y el otro al Oeste. Liusu gritaba: "Hay mosquitos". Liuyuan la corregía: "No son mosquitos sino un tipo de insectos que se llaman mosca de arena. Te muerden y se te hace una roncha roja que parece lunar rojo". Liusu decía: "El sol es insoportable". Él replicaba: "Nos asoleamos un poco y luego vamos a la sombra. Renté una sombrilla". Aquel sol sediento tragaba el agua del mar, se enjuagaba la boca y luego la escupía.

Tomaba todo el líquido de los cuerpos que como hojas secas doradas flotaban en el aire. Liusu poco a poco sintió una extraña marea de alegría, pero aún seguía gritando: "¡Hay mosquitos!" Inclino la cabeza y con la palma de las manos empezó a golpear su espalda. Liuyuan sonriendo dijo: "Así es difícil, tú me pegarás a mí y yo a ti". Liusu, puso atención, de pronto espantando a un mosquito del brazo de Liuyuan gritó: "¡Ay, escapó!" Liuyuan también estaba atento, los dos se pegaban y reían. De pronto, Liusu se enfadó, se levantó y se marchó hacia el hotel. Esa vez Liuyuan no la siguió. Liusu caminó hasta una sombra, por un pequeño empedrado entre dos sombrillas, se detuvo y empezó

a sacudir la arena de la falda corta, miró para atrás y vio a Liuyuan acostado en el sol con las dos manos debajo de la cabeza. Evidentemente estaba soñando el sueño del sol, nuevamente se veía como una hoja dorada.

Liusu regresó al hotel, miró por la ventana con binoculares, esta vez a su lado yacía una mujer con una trenza en la nuca. Aunque Saheini se quemara y sólo quedara su ceniza, Liusu siempre la reconocerá.

Desde ese día Liuyuan se pasaba los días al lado de Saheini. Al parecer decidió enfriar las cosas con Liusu. Ella por otro lado, después de salir todos los días de pronto no tenía a dónde ir. No sabía cómo explicárselo a la señora Xu, así que para quedarse dos días en el cuarto había que tener gripe. Afortunadamente el cielo se apiadó y mandó una lluvia continua, por lo cual ni pretexto necesitaba para no salir. Un día cuando regresaba del paseo por el jardín del hotel, empezaba a anochecer, pensó que los Xu ya vendrían de regreso después de buscar casa todo el día, así que se sentó a esperarlos. Colocó la sombrilla de papel graso en el barandal de tal manera que tapó su cara. Las gotas de agua se resbalaban por la sombrilla rosa pintada con motivos de hojas verdes de loto.

La lluvia arreció entre el ruido de los carros. Un grupo de hombres y mujeres empujando y jalándose subía las escaleras. El hombre a la cabeza era Fan Liuyuan. Saheini, tapada por él se veía algo triste. Sobre sus piernas desnudas había algunas gotas de lodo.

Ella se quitó el sombrero de paja del cual salió un chorro de agua. Liuyuan al ver la sombrilla de Liusu, le dijo algo a Saheini, quien subió sola hacia las habitaciones. Liuyuan mientras se acercaba sacaba un pañuelo y se limpiaba el agua de la cara y el cuerpo. Liusu no tuvo más que decir algunas cortesías. Él se sentó a su lado: “¿Te sentías mal estos días?”

“Un simple resfriado.”

“El clima sofoca mucho, hicimos un *picnic* en la lancha de aquel inglés, fuimos hasta la isla Verde.” Liusu escuchó sin demasiado interés acerca de la isla Verde. Mientras hablaban

Saheini bajó por las escaleras, vestía ropa hindú. Su chal amarillo decorado en ambos lados por una franja plateada de dos centímetros de ancho, le colgaba hasta el piso.

Se sentó en una mesa lejana al lado del barandal recargando una mano en la silla de al lado, sus uñas estaban barnizadas de laca plateada.

Liusu sonriendo le dijo a Liuyuan: “¿No irás allá?”

“Ella tiene dueño.”

“Aquel anciano inglés ¿acaso la puede controlar?”

“Él no la controlará a ella pero tú sí me controlas a mí.”

“Ajá, aunque fuera yo el alcalde de Hong Kong, o el jefe de la policía que controla a mil gentes, contigo no podría”, dijo Liusu sonriendo.

“Una mujer que no siente nada de celos, seguro que no está muy bien de la cabeza.”

Liusu sonrió y después de un rato preguntó: “¿Por qué me miras?”

“Quiero saber si de hoy en adelante me podrías tratar mejor.”

“Y ¿qué te importa si te trato mejor o peor?”

Liuyuan golpeando las palmas de sus manos dijo: “¡Así se habla! Se me hace que en tu voz hay algo de celos”.

Liusu sin poder detenerse empezó a reír: “Jamás he visto a alguien como tú que a toda costa quiere provocarme celos”.

Se conciliaron y cenaron juntos. Aunque en apariencias Liusu estaba algo más cálida con él, pero su corazón albergaba dudas: él le provocaba celos, eso sin duda era para que ella automáticamente corriera a sus brazos. Ella ni antes ni después estuvo con él ¿y justo ahora caerá? ¿Se sacrificará en vano? Él seguramente sentiría que era fácil engañarla. Ella ni en sueños se imaginaba que él la iba a desposar.

Era muy claro, él la quería pero no para esposa. Aunque la situación de su familia iba en picada, alguna vez tuvo casta, vivió en una sociedad donde todos se regían por ritos.

Y él no podrá con la culpa de algún acto indecente. Es por eso que él adoptó las poses de rectitud. Ella por fin entendió

que todo era hipocresía. Él buscaba la manera de sacudirse la responsabilidad. Si al rato la abandonaba ella no tendría a quién culpar.

Pensando así, sin querer se mordió los labios suspirando, pero en apariencia se mantenía cortés.

La señora Xu ya había rentado una casa en el hipódromo y estaba a punto de mudarse. Liusu deseaba ir con ellos pero por otro lado pensaba que ya tenía más de un mes causándoles molestias, le daba pena seguir molestando. No estaba bien. Proseguir o retroceder, ella no sabía qué hacer. Esa noche varias horas después de acostarse aún no podía dormir y daba vueltas en la cama. Justo cuando cayó en el primer sueño el teléfono al lado de la cama sonó. Era la voz de Liuyuan: “Te amo”, y luego colgó. El corazón de ella latía fuerte, confundida apretaba el auricular y luego lentamente lo puso en su lugar. Apenas lo colgó cuando de nuevo sonó. Tomó nuevamente el auricular. Liuyuan en el otro lado decía: “Olvidé preguntar ¿tú me amas?” Liusu tosió un poco y luego contestó con voz ronca: “Tú lo sabes. ¿Por qué crees que vine a Hong Kong?”

Liuyuan suspiró: “Sí lo sé, pero me cuesta creer las cosas que parecen muy claras. Liusu, tú no me amas”.

“¿Cómo lo sabes?”, dijo Liusu.

Liuyuan no hablaba, después de un largo rato dijo: “En el *Canon de poesía* hay un poema...”

“Yo no entiendo eso”, replicó Liusu.

“Liuyuan algo molesto agregó: “Sé que no entiendes, si lo supieras yo no tendría que decírtelo. Te lo voy a recitar:

“Vivo o muerto hay que trabajar. Nos amamos mutuamente, tomo la mano y quedo a tu lado hasta la muerte.

“Mi chino no es bueno, no sé si me expliqué bien, pero siento que es el poema más triste. La vida, la muerte, la despedida, son cosas grandes que no dependen de nosotros. Comparados con la fuerza de la naturaleza ¡nosotros los hombres somos minúsculos! ¡Minúsculos! Y a pesar de eso debemos seguir diciendo: ‘siempre estaré contigo, jamás nos separaremos’, como si de veras dependiera de nosotros”.

Liusu pensó un buen rato y de pronto se enfadó: “De una buena vez dí que no me desposarás ¡y ya! ¡Por qué tienes que dar tantas vueltas! ¡Qué es lo que no depende de ti! Hasta en mi familia que somos tan anticuados pensamos que la primera vez uno se casa por la familia y la segunda por su propia voluntad.

“Tú sin ningún compromiso ni atadura no puedes decidir, ¿quién tiene que decidir por ti?”

Liuyuan con frialdad respondió: “Tú a mí no me quieres, ¿qué puedes hacer? ¿Acaso lo puedes remediar?”.

“Si tú me quisieras, ¿te importaría eso?”

“No soy tan estúpido, gastar dinero para desposar y amarrarme a una mujer que no me quiere. Sería muy injusto, hasta para ti sería injusto. O, tal vez a ti no te importa, tal vez piensas que el matrimonio es prostitución a largo plazo...”

Liusu sin esperar a que él terminara de hablar, azotó el auricular. Su cara estaba rojísima.

¡Se atreve a insultarme de esa manera! ¡Cómo se atreve!

Estaba sentada en la cama, la oscuridad ferviente la envolvió como un sarape color uva roja muy madura.

Empapada en sudor sentía comezón, el pelo del cuello y la espalda le molestaban.

Puso las manos en las mejillas, las palmas estaban heladas.

El teléfono sonó otra vez, no lo levantó, dejó que sonara. “Tin, tin...”. El sonar era particularmente estruendoso en este cuarto silencioso, en este hotel silencioso, en esta bahía silenciosa. De pronto ella reaccionó, ella no podía despertar a todo el hotel, primero, la señora Xu estaba a lado. Temerosa, tomó el auricular y lo puso entre las sábanas. Pero había demasiado silencio, a pesar de la distancia ella podía oír la voz calmada de Liuyuan: “Liusu ¿de tu ventana se ve la luna?” Liusu sin saber por qué de pronto empezó a llorar. La luna entre las lágrimas se veía grande y nublada, era plateada con brillo verde. Liuyuan decía: “Aquí, arriba de mi ventana cuelga una rama de flor que tapa la mitad de la luna. Tal vez es rosal o tal vez no”. Ya no hablaba pero tampoco colgaba el teléfono. Pasó un largo rato.

Liusu pensó que él ya se había dormido.

Allá del otro lado colgaron lentamente al fin. Liusu con manos temblorosas tomó el auricular y lo puso en su lugar. Tenía miedo de que sonara por cuarta vez, pero ya no sonó. Todo era un sueño, entre más pensó más parecía un sueño.

Al otro día por la mañana ella no se atrevía a preguntar, ya que él seguro se burlaría de ella: “El sueño es reflejo del deseo”. Ella lo extraña tanto que hasta en sus sueños él le hablaba por teléfono para decirle ¡te quiero!

Su actitud estaba igual que siempre. Salieron todo el día a pasear como antes, de pronto ella se dio cuenta de que eran muchas muchísimas las personas que los consideraban marido y mujer, los mozos del hotel y varias señoras conocidas. No era de extrañarse, sus cuartos estaban pegados, salían y entraban juntos. Tarde de noche salían a pasear a la playa sin ninguna precaución. Una sirvienta que empujaba una carriola pasó de lado y asentando con la cabeza saludó: “Señora Fan”. Liusu confundida sin saber si reír o no, miró a Liuyuan y frunciendo las cejas le dijo: “¡No sé lo que piensan!” Liuyuan sonriendo dijo: “Los que te llaman señora Fan no te deben preocupar, pero los que te llaman señorita Bai, ellos sí ¡quién sabe lo que piensan!” Liusu enmudeció. Liuyuan con la mano acarició la barba y sonriendo dijo: “No le hagas deshonor a ese título”.

Liusu sorprendida lo miró, no podía creer que ese hombre fuera tan venenoso. Él con toda intención frente a la gente era muy cariñoso, por lo que ella no tenía manera de demostrar que entre ellos no ha pasado nada. Ella quedó sin armas para defenderse.

No podía volver a su tierra, no tenía cara para mirar a su familia, el único camino que le quedaba era ser su amante. Y sin embargo si se entregaba ahora, todos sus esfuerzos anteriores habrían sido en vano y sólo vendrían golpes de los cuales no podría recuperarse. No hará eso de ninguna manera. Y aunque deshonor el título de “señora Fan” sólo será un fracaso conceptual. Finalmente, él no la tuvo y por eso tal vez regresará algún día a su lado con condiciones ventajosas.

Ella ya decidió y le informó a Liuyuan que regresaría a Shanghai. Liuyuan tampoco la detuvo con gran insistencia, pero valientemente declaró que la llevaría de regreso. Liusu le contestó: “No es necesario. Además, ¿tú no te ibas a Singapur?” “Ya me tardé varios días en ir, tardar otros días más, da igual, además en Shanghai también tengo varias cosas que arreglar”.

Liusu sabía que él tenía una estrategia, le daba miedo que la gente dejara de hablar de ellos. Entre más argumentos tenía la gente para hablar, Liusu tenía menos posibilidades de defenderse y en Shanghai le costaría más trabajo estar tranquila. Ella seguía sopesando la situación, y aunque él no la llevara de regreso, le sería difícil engañar a su familia. Decidió exponerse, que la lleve de una vez y ya.

La señora Xu, al ver que estaban calientes como el fuego y de pronto decidían separarse, se sorprendió mucho. Le preguntó a Liusu y luego a Liuyuan, y aunque ambos se empeñaron en defenderse mutuamente, la señora Xu no era tan inocente como para creerles.

En el barco tendrían muchas oportunidades para estar juntos. Pero si Liuyuan pudo torear la luna en el hotel Qianshuiwan, la luna de la cubierta ya era cualquier cosa.

Él no le dijo ni una palabra seria. Sin embargo, ella se dio cuenta de que su actitud a pesar de parecer ligera, era muy autocomplaciente. Él estaba seguro de tenerla en la palma de su mano.

Al llegar a Shanghai, él la despidió hasta su casa, pero no bajó del coche. En el palacete de los Bai el espíritu chismoso había llegado hacía tiempo. Todos sabían que la señorita Liusu y Fan Liuyuan en Hong Kong habían vivido juntos. Hoy, después de acompañar al señor más de un mes, regresa a casa como si nada, con toda intención desea manchar el nombre de los Bai.

Si Liusu había enganchado a Liuyuan seguro era por dinero. Y si hubiera juntado dinero, no regresaría a casa de esa manera, era evidente que no obtuvo nada. De hecho, una mujer que permita ser engañada por un hombre merece morir, una

mujer que logre engañar al hombre, es una prostituta, si una mujer pretende engañar al hombre y falla y además cae en su trampa entonces es una doble puta, aunque la maten, lástima por la navaja.

Usualmente en el palacete de los Bai cuando alguien cometeía alguna falta del tamaño de un grano de sésamo, todos explotaban. Ahora ante un asunto de esa magnitud los viejos estaban tan escandalizados que ni siquiera podían abrir la boca.

Todos habían decidido: “la peste de la familia no se puede extender hacia fuera”. Luego se dividieron y empezaron a visitar a los parientes y amigos para obligarlos a guardar el secreto. Después fueron a las casas de los amigos para ver si estaban enterados y cuánto sabían ellos. Finalmente se dieron cuenta de que no podían controlar la situación y felizmente se pusieron a hablar y chismear a los cuatro vientos lamentando los hechos.

Pasaron todo el otoño ocupados en esos trámites, habían pospuesto las medidas radicales hacia Liusu. Liusu sabía que este regreso no era como los de antes. Ella hace tiempo que cortó los lazos con esta familia. Quería salir y buscar algún trabajo para ganarse su plato de arroz. Aunque nada fácil, era mejor que aguantar corajes en casa.

Por otro lado, si buscaba un trabajo humilde perdería el estatus de dama noble. Ese estatus, aunque no daba de comer, provocaba gran tristeza cuando se perdía. Especialmente ahora, cuando aún tenía esperanzas con Fan Liuyuan, no podía devaluar su imagen y así darle pretexto a él para rechazar desposarla. Por eso tenía que aguantar.

Por fin, en noviembre tal y como lo suponía, llegó un telegrama de Liuyuan de Hong Kong. Cuando el telegrama pasó por las manos de todos los Bai, la anciana llamó a Liusu y se lo dio. Sólo eran unas cuantas palabras: “Te invito a Hong Kong. Recoge el boleto de barco en la agencia Tongjilong”.

La señora Bai suspiró largamente y dijo: “Si te llama, ¡pues ve!” ¿Acaso ella era tan despreciable? De sus ojos rodaron lágrimas. Empezó a llorar y perdió el control, se dio cuenta de que ya no podía más. En sólo un otoño envejeció dos años, ella no podía

permitirse envejecer, así que abandonó la casa por segunda vez y fue a Hong Kong. Pero esa vez ya no tenía aquella agradable sensación de riesgo de antes, ya había perdido. Teóricamente a las mujeres les gusta ser conquistadas, pero sólo hasta cierto grado. Si tan sólo fuera a Hong Kong atraída por la galantería y porte de Fan Liuyuan, qué bueno sería, pero en medio de todo estaba la presión de la familia, la parte más pesada.

Fan Liuyuan entre llovizna, la esperaba en el muelle. Dijo que su impermeable verde parecía botella y luego agregó: “botellita medicinal”. Ella pensaba que él se burlaba de ella cuando él de pronto susurró: “Tú eres la medicina que me va a curar”. Ella se sonrojó y lo miró de reojo.

Él había reservado el mismo cuarto de antes. Esa noche ella regresó al cuarto pasadas las dos de la madrugada. Después de asearse en el baño, apagó la luz y en la oscuridad del cuarto recordó que el apagador del cuarto estaba encima de la cabecera. Tenía que encontrarlo tentando en la oscuridad.

Se tropezó con un zapato en el suelo, por poco y se caía. Justo cuando se culpaba de haber acomodado mal sus zapatos, alguien sobre la cama sonrió: “No te espantes, son mis zapatos”.

Liusu se detuvo y preguntó: “¿A qué viniste?”

“Desde siempre he querido ver la luna desde tu cuarto, de aquí se ve más clara.”

Fue él quien el otro día habló por teléfono, no era un sueño, él la quiere, este hombre venenoso, la quiere, y sin embargo la trata así. Ella de pronto se desilusionó, dio la vuelta y se dirigió al tocador.

La luna de los últimos días de noviembre no es más que un tenue arco blanco, parece escarcha sobre la ventana. Pero en el mar sí había algo de luna, que entraba por la ventana y se reflejaba en el espejo. Liusu lentamente quitaba los broches de su pelo, sacudió la cabeza y sus cabellos se enredaron, los pasadores cayeron al suelo.

Nuevamente se puso la red cubrepelo, con los dientes mordió un extremo de la red y frunciendo las cejas se agachó y recogió, uno por uno, todos los pasadores.

Liuyuan, descalzo, le llegó por la espalda, con la mano tomó su cabeza, la hizo girar y le dio un beso en la boca. La red cubrepelo se deslizó al piso. Era el primer beso que él le había dado, sin embargo, los dos sentían que no era el primero, ya que su imaginación estaba repleta de besos. En el pasado habían tenido muchas oportunidades, ambientes y situaciones propicias, él había pensado en ello, ella había sospechado aquello. Pero los dos eran muy astutos, excelentes calculadores, nadie estaba dispuesto a ceder. Y ahora de pronto todo era realidad, los dos perdieron la cabeza. Liusu sintió que su cuerpo giraba con soltura, se pegó al espejo con la espalda apoyada sobre el vidrio gélido.

Sus labios no se apartaban de los de ella, él la empujaba hacia el espejo, parecía que al fusionarse con el espejo entraban a otro mundo, frío, hirviente, llamas que consumen el cuerpo.

Al otro día él le dijo que en una semana partía a Inglaterra. Ella quería acompañarlo, pero él le dijo que no era posible, le recomendó rentar una casa en Hong Kong en medio año o en un año él regresaría. Si ella quería vivir en Shanghai, él no se opondría. Claro que ella no quería volver a Shanghai, entre más lejos de sus familiares, mejor. En Hong Kong se sentiría algo solitaria, pero ni modo. La pregunta era si de regreso la situación cambiaría en algo. Pero todo dependía de él. ¿El amor de una semana podrá amarrar su corazón?

Pero por otro lado Liuyuan era un hombre inestable. Los constantes encuentros y desencuentros no le permitían aburrirse de ella y eso tal vez era una ventaja.

Una semana frecuentemente se extraña más que un año... Y si él regresa con buenos recuerdos y verdaderas intenciones, tal vez ella ya no será la misma. Una mujer cercana a los treinta es muy frágil, se quiebra en un abrir y cerrar de ojos. En resumen, sin la garantía de matrimonio querer amarrar durante mucho tiempo a un hombre es muy difícil, doloroso y hasta imposible. ¡Hm..., a quién le importa! Él es simpático, le proporciona placer mágico, finalmente, lo que ella espera de él es seguridad económica y en ese aspecto podía estar muy tranquila.

En la avenida Baerdundao encontraron una casa, ubicada en las faldas de la colina. Terminaron de pintarla, contrataron a una sirvienta de Cantón de nombre Ali, compraron algunos pocos muebles indispensables. Liuyuan tenía que partir. Lo demás le quedó a Liusu, arregló poco a poco la casa. Antes de prender el fogón del hogar, en aquel atardecer invernal, Liusu lo despidió hasta el barco. En el comedor de la nave comieron sándwiches. Liusu estaba triste, así que tomó algunas copas de más. Entre las copas y el aire del mar, regresó a casa algo tomada. Ali hervía agua en la cocina y le lavaba los pies a su hijo.

Liusu miró todos los rincones de la casa, llegaba a un cuarto y prendía la luz. La laca verde de la ventana de la sala aún no estaba seca, metió el dedo índice y lo estampó en la pared dejando una mancha verde. ¿Y por qué no? ¡No es contra la ley! ¡Ésa es su casa! Sonrió y a su antojo sobre la pared amarilla estampó una marca verde de tamaño de su palma.

Tambaleándose llegó al cuarto de al lado. Estaba vacío, los demás también, era un mundo vacío. Sentía que podía volar hasta el techo. Caminar por el piso vacío era como estar en el techo impecable.

Los cuartos estaban muy vacíos, no podía más que llenarlos con la luz de los focos, pero aún no era suficiente. Mañana debía acordarse de comprar focos más potentes.

Subió por las escaleras. ¡Qué vacío! Necesitaba ese vacío absoluto. Estaba demasiado cansada, salir al paso con Liuyuan era demasiado agotador. De por sí era de carácter raro, ella le había llegado a las cuerdas débiles así que hacia ella era aún más raro, siempre se enojaba. Qué bueno que se fue, al fin podría descansar de él. En ese momento ella no quería a nadie, a nadie para odiar y tampoco para amar, simplemente no quería nada. Desde niña su mundo se revolcaba entre empujones. Empujando, jalando, pisando, cargando, abrazando, niños y adultos, gente por doquier. Más de veinte personas y todos viviendo en una misma casa, te cortas las uñas en tu recámara y siempre alguien te espía por la ventana. Con gran esfuerzo

escapó lejos, llegando a estos lugares vacíos. Si de veras se hubiera convertido en la señora Fan, tendría muchas ocupaciones y no podría alejarse de la gente. Ahora tan sólo era la amante de Fan Liuyuan, por lo que le toca esconderse de la gente y la gente también tiene que huirle.

¡Qué silencio! Pero desgraciadamente, aparte de la gente ella no tiene otros pasatiempos. Los pocos conocimientos que ha adquirido en la vida tan sólo servían para manejarse entre la gente. Esas habilidades le podían permitir ser una dedicada esposa y una cariñosa madre.

Sin embargo, allí ella parecía “valiente sin oportunidad para mostrar su bravura”. Mantener la familia, no hay familia para mantener, cuidar los hijos, a Liuyuan no le gustan los niños.

Podría dedicarse a pensar cómo matar el tiempo, al fin que ella no necesitaba preocuparse por el dinero. ¿Qué hará para matar los meses y años que vienen en camino? ¿Buscar a la señora Xu para jugar baraja o ver la ópera? Luego poco a poco buscar actores como amantes, fumar opio y tomar el camino de las Saheinis? De pronto se paró. Irguió el pecho con las manos entrecruzadas fuertemente en la espalda.

¡No, no es para tanto, ella no es de esa clase! Ella puede controlarse. Pero... ¿podrá evitar enloquecer?

Tres cuartos arriba y tres abajo, y todos los focos prendidos. La madera recién barnizada brillaba como la nieve bajo el sol, ni siquiera una sombra. Habitación tras habitación y en todas sólo estaba el eco del silencio. Liusu se acostó en la cama, quería bajar para apagar las luces pero su cuerpo no se movía. Luego oyó a Ali subir por las escaleras y apagar una tras otra todas las luces. Sus nervios sumamente contraídos empezaron a relajarse lentamente.

Era el 7 de diciembre del año 1941. El 8 de diciembre se oyeron cañones. Entre cañonazos, la neblina matutina del invierno se dispersó. Los habitantes de toda la isla mirando hacia la mar gritaban: “Empezó la batalla, empezó la guerra”. Nadie lo podía creer, sin embargo la batalla sí había empezado. Liusu estaba recluida en la isla Baerdun. ¡Qué podría saber ella! Cuando

Ali por fin se enteró de los acontecimientos y fue a contárselos, afuera la guerra había entrado en la fase encarnizada.

Cerca de la isla Baerdun había un laboratorio científico. En el techo había cañones. Las balas volaban sin cesar, silbando largamente, rasgaban el cielo y destruían los nervios. El cielo de color azul claro fue partido en ramas, que temblaban en el viento glacial. A la vez en el viento flotaban innumerables puntas de nervios destrozados.

La casa de Liusu estaba vacía, su corazón estaba vacío, y ahora que no habían almacenado suficiente grano en casa, su estómago también estaba vacío. La corriente de vacío general la llenó de miedo y pánico. Le costó mucho poder comunicarse por teléfono con los Xu en Paomadi.

Todos los que tenían teléfono instalado estaban pegados al auricular preguntando cuál zona era más segura y haciendo planes para refugiarse. Fue hasta la tarde cuando logró comunicarse, sin embargo, nadie contestaba el teléfono. De seguro que los Xu ya habían salido de la casa y estaban en algún lugar seguro. Liusu no sabía qué hacer cuando los cañonazos arreciaron.

Los cañones antiaéreos cercanos se convirtieron en el foco de atención de los aviones que lentamente giraban en el cielo, “fiu, fiu, fiu...” una vuelta tras otra, “...fiu, fiu, ...”, como si fueran aparatos electrónicos dentales, dolorosamente perforaban el alma. Ali, con su niño llorando en brazos, se sentó en el umbral de la sala. Parecía estar inconsciente. Se balanceaba de izquierda a derecha, cantaba canciones como delirando y daba palmaditas al niño para entretenerlo. Otra vez, pa, pa, pa... fuera de la ventana: “¡Pum!” una bomba destruyó una esquina del alero, arena y rocas se desmoronaron. Ali soltó un grito asombroso, saltó, abrazó al niño y se echó hacia fuera. Liusu la alcanzó en la puerta, la detuvo y le preguntó: “¿A dónde vas?” Ali contestó: “Aquí ya no podemos escondernos. Yo... yo lo llevaré a la alcantarilla”. Liusu dijo: “¡Estás loca! ¡Vas a buscar la muerte!” Ali chillaba sin parar: “¡Déjame ir! Mi niño... sólo tengo éste... él no puede morir... vamos a la alcantarilla a ocultarnos”. Liusu la agarró con todas sus fuerzas pero Ali la empujó. Cuando Liusu

cayó, Ali voló por la puerta. Justo entonces, un estruendo sacudió la tierra, el mundo oscureció, parecía que la tapa de un baúl enorme se había cerrado de pronto, clausurando innumerables sufrimientos y penas.

Liusu creía estar muerta pero aún estaba viva. Al abrir los ojos, vio pedazos de vidrio y sombra del sol por doquiera. Forcejeó para levantarse y fue a buscar a Ali. En cuanto abrió la puerta, vio a Ali. Ali, apretando al niño en los brazos, con la cabeza recargada sobre el marco de la puerta, estaba desmayada. Liusu la jalaba hacia dentro y oyó que alguien gritaba que una bomba hizo un gran hoyo en el jardín de al lado. Con ese estruendo, la tapa del baúl finalmente se selló pero la tranquilidad aún no venía. Los continuos “bum, bum, pum” parecían golpear la tapa con un martillo. Golpeaban y golpeaban sin cesar, desde la madrugada hasta el anochecer y desde el anochecer hasta la madrugada.

Liusu se acordó de Liuyuan. No sabía si su barco ya había salido del puerto o si había sido hundido. Sin embargo, al pensar en él, todo era incierto y vago, como si ambos estuvieran en mundos separados. El momento actual no tenía nada que ver con el pasado, tal como una canción de la radio, la oyes a la mitad porque de repente hay interferencia por el mal tiempo. Pasa la interrupción y la canción continúa, pero lo triste es que al terminar la interferencia, también acaba la canción, entonces ya no hay nada que oír.

Al día siguiente, Liusu, Ali y su hijo se repartieron unas cuantas galletas. Los ánimos se debilitaron. Cada pedazo de bala silbante parecía una bofetada en sus caras. Por la calle, tum, tum, tum... se acercó un camión militar que se paró inesperadamente frente a la puerta. Al oír el timbre, Liusu fue a abrir. Cuando vio a Liuyuan, le agarró la mano, y apretaba con fuerza su brazo, como cuando Ali abrazaba a su niño. Se lanzó hacia delante y su cabeza chocó contra el marco de cemento de la puerta. Liuyuan, con la otra mano, levantó su cabeza y dijo apresuradamente: “¿Estás asustada? No te apures. No te apures. Recoge unas cuantas cosas necesarias. Vamos a Qianshuiwan. ¡Date prisa! ¡Date prisa!”

Liusu corrió bamboleándose hacia dentro, mientras preguntaba: “¿No hay peligro en Qianshuiwan?” Liuyuan contestó: “Todos dicen que no van a llegar allá. Además, en un hotel nunca hay problemas con la comida. Ellos almacenan muchas cosas”.

“¿Y tu barco?...”

“El barco no salió. Mandaron a los pasajeros de primera clase al hotel Qianshuiwan. Ayer iba a venir por ti. Pero no pude conseguir ningún carro y tampoco pude meterme en el autobús. Hoy a duras penas encontré este camión”. Liusu no podía calmarse para arreglar la maleta y no hizo más que preparar un pequeño paquete desordenado. Liuyuan le dio a Ali el salario de dos meses y le encargó cuidar la casa. Los dos subieron al camión y se acostaron boca abajo en el cajón de mercancías, cubierto por una lona de hule de color militar (verde musgo). Los tumbos bruscos en el camino provocaban rozaduras en los codos y las rodillas.

Liuyuan suspiró: “¿Cuántas historias se acabaron con este estallido?” Liusu, contagiada de melancolía, dijo después de un buen rato: “Si mueres tú, mi historia se termina ahí. Pero si muero yo, tu historia seguirá durante mucho tiempo”. Liuyuan dijo sonriendo: “¿Mantendrás la castidad por mí?” Ambos se volvieron un poco locos y sin ton ni son reían a carcajadas sin poder parar. Al dejar de reír, sólo sentían el temblor de sus cuerpos.

El camión llegó a Qianshuiwan entre la lluvia de balas perdidas, zum, zum, zum... En la planta baja del hotel se acantonó el Ejército. Ellos se hospedaron en el mismo cuarto de arriba. Después de alojarse, se dieron cuenta de que los depósitos de comida, a pesar de ser abundantes, eran para los soldados. Además de la leche de vaca en latas, carne de res, carne de oveja y frutas, había sacos y sacos de pan blanco y pan de salvado. Lo que se repartía entre los huéspedes eran dos galletas saladas en cada comida o dos cuadritos de azúcar. Todo el mundo tenía tanta hambre que parecían estar en las últimas.

Los primeros dos días, en Qianshuiwan aún había tranquilidad. De repente la situación cambió y poco a poco se imponía el

miedo. En los cuartos no había cobertores. Los que no querían estar solos en los cuartos, bajaban y se reunían en el comedor. La puerta de cristal del comedor estaba completamente abierta. Frente a la puerta había montones de sacos de arena. Justo allí los soldados ingleses pusieron unos cañones y disparaban hacia fuera. Los de los buques del golfo se dieron cuenta de dónde venían los disparos y empezaron a atacar. Las balas iban y venían sin cesar entre las palmeras y el estanque. Liuyuan y Liusu, junto con otros, apoyaban la espalda contra la pared de la sala. Todo el paisaje oscuro parecía una alfombra antigua de Persia, con diversas clases de personajes tejidos encima: nobles, princesas, genios y bellas doncellas. Parecía que la alfombra colgaba en una caña de bambú, mientras el viento sacudía el polvo “pa, pa, pa, pa” con tanta fuerza que hacía correr a los tristes personajes sin lugar a dónde ir. Cuando las balas venían hacia acá, ellos corrían hacia allá; cuando las balas iban para allá, ellos corrían para acá. Al final, ese amplio salón quedó con miles y miles de huecos y agujeros; una de las paredes se vino abajo. Ya no había sitios para huir, lo único que les quedó era sentarse y esperar los designios del destino.

En esos instantes Liusu se arrepintió de tener a Liuyuan a su lado. Era como si una persona tuviera dos cuerpos y así corriera doble riesgo. Si una bala no le atina a ella tal vez le atine a él. Si él muere o queda inválido, la situación de ella será peor. Si ella es herida, por temor a desgraciarlo buscaría la muerte. Y aunque muriera no sería tan agradable como cuando uno muere solo. Suponía que Liuyuan pensaba lo mismo. No sabía otra cosa pero sí estaba segura de que en ese instante él sólo la tenía a ella y ella sólo lo tenía a él.

La batalla cesó. Los hombres y mujeres encerrados en el hotel Qianshuiwan salieron hacia el centro de la ciudad. Pasando una colina de tierra amarilla, venía una de tierra roja. Pasando la colina de tierra roja, venía otra de tierra amarilla. Dudaban del camino y daban vuelta. Pero no estaban equivocados, lo que pasaba era que antes esos caminos no tenían hoyos ni estaban llenos de grava. Liuyuan y Liusu hablaban poco.

Antes apenas pasaban un ratito en el carro y tenían plástica sin fin, ahora ya llevaban andando decenas de millas y no tenían nada que decirse. Ocasionalmente uno empezaba una oración pero a la mitad, el otro le interrumpía terminando la idea, los dos conocían sus pensamientos por lo que no hacía falta seguir hablando. Liuyuan dijo: “Mira, en la playa”. Liusu contestó: “Sí, en la playa”. En la playa había montones de redes de alambre revueltas y reventadas. Más allá del alambre, el mar blanco y espumoso acariciaba la arena amarilla clara. Un día despejado en invierno era como el azul heliaco. La temporada de calor ya había pasado. Liusu dijo: “Esa pared...” Liuyuan contestó: “No fuimos a verla”. Liusu suspiró: “Bueno, olvídala”. Liuyuan sintió calor con la caminata. Se quitó el abrigo y lo colgó en el hombro, el hombro a poco rato empezó a sudar. Liusu dijo: “No te gusta el calor. Déjame cargarlo”. En días pasados Liuyuan jamás permitiría eso, pero ahora no le importaba ser muy caballeroso así que le dio el abrigo. Caminaron un poco más y notaron que la montaña enfrente crecía. ¿Quién sabe si era porque el viento movía los árboles o porque las nubes flotaban? La pendiente verde musgo de la montaña oscurecía. Al mirar mejor te dabas cuenta de que no era ni el viento ni las nubes. Era el sol que se movía lentamente por encima de la cumbre. En la colina unas casas ardían en llamas. El humo de la ladera sombreada era blanco y el de las casas negro. El sol simplemente atravesaba el humo y se asomaba en la cima.

Llegaron a casa. Empujaron la puerta entreabierta. Un montón de palomas salieron batiendo las alas. El salón estaba lleno de polvo y excremento de palomas. Liusu, al acercarse a la escalera, sin poder controlarse exclamó: “¡Ay!” En el segundo piso, sus cofres y cajas recién compradas estaban tirados en el suelo con las tapas abiertas. Dos de ellas cayeron a la escalera y la cubrieron de sedas y otras telas preciosas. Liusu se agachó y recogió un *qipao* de tela color miel con forro de franela. No era suyo, olía a sudor y perfume barato y estaba perforado por cigarrillos. Encontró otras cosas de mujeres desconocidas, revistas rotas y latas de lichí abiertas, que aún goteaban encima

de su ropa. ¿En esta casa se acantonó algún ejército? ¿Soldados británicos que llevaban mujeres? Al parecer, se fueron de prisa. Humildes campesinos locales que saqueaban casa por casa aún no habían venido, de otro modo, sus cosas ya no estarían allí. Liuyuan le ayudó a llamar a Ali en voz alta. La última paloma de pecho gris salió rasando el sol amarillo de la puerta y voló hacia fuera.

¿Quién sabe a dónde había ido Ali? Pero los patrones de la casa tenían que seguir viviendo allí aun sin ella. No tuvieron tiempo para arreglar la casa. Antes que nada, fueron a abastecerse de alimentos. Con mucho trabajo compraron un saco de arroz a un precio alto. Aún había gas pero no así agua potable. Liuyuan con una cubeta fue a la montaña para traer agua de manantial y cocinaron el arroz. Todos los días sólo hacían de comer y limpiaban la casa. Liuyuan podía hacer cualquier trabajo. Barría el piso, fregaba, exprimía cobijas pesadas junto con Liusu. Era la primera vez que Liusu se encargaba de cocinar, curiosamente su comida tenía sabor a su pueblo natal. Como Liuyuan no podía olvidar la gastronomía de Malaya, ella aprendió a preparar un pescado llamado “saco de arena”. Aunque les gustaba comer bien, hacían el mayor esfuerzo por ahorrar el dinero, porque Liuyuan ya no tenía mucho. Con el primer barco tenían que regresar a Shanghai.

Después del desastre, seguir viviendo en Hong Kong no era un plan a largo plazo. De día, como estaban ocupados, era fácil matar el tiempo, pero al anochecer en esa ciudad muerta, sin luces, sin ruido, sólo se oía ese viento glacial que sopla en tres tonos: wooo..., heeee..., wuuuuu. Soplaba sin cesar. Cuando un tono cesaba empezaba a sonar el otro. Eran como tres dragones grises que volaban uno al lado del otro siguiendo una línea recta. Sus cuerpos se extendían hasta el infinito así que nadie podía ver sus colas. wooo..., heeee..., wuuuuu. Finalmente, hasta los dragones desaparecieron y sólo quedaron tres alientos en el aire, que como puentes imaginarios penetraban en la oscuridad, en lo vacío del vacío. Allí todo se acabó ya. Sólo quedaban paredes rotas, muros destrozados y hombres civilizados sin memoria que

bamboleándose tentaban en el crepúsculo como si estuvieran buscando algo, pero en realidad todo ya se había acabado.

Liusu abrigada con un edredón estaba sentada escuchando el sople triste del viento. Ella estaba segura de que aquel muro gris cercano a Qianshuiwan aún estaba erguido. Cuando paró el viento los tres dragones grises posaban encima de esa pared. Bajo la luna sus escamas plateadas brillaban. Sentía que estaba soñando que se dirigía hacia la pared y encontraba a Liuyuan. En ese mundo turbado, el dinero, las propiedades, todo lo que debía ser perpetuo, ya no valía la pena. Lo único que era de fiar era el aliento dentro de su cuerpo y la persona que dormía a su lado. De repente ella se acercó a Liuyuan y lo abrazó por encima del edredón, desde donde él extendió su mano y tomó la mano de ella. Intercambiaron miradas transparentes y claras, y bastó ese instante para perdonarse, para comprenderse y poder vivir en armonía por el resto de los años.

Él tan sólo era un hombre egoísta y ella tan sólo era una mujer egoísta. En esa época de caos, los individualistas no tenían cabida pero siempre había espacio para una pareja ordinaria.

Un día mientras andaban de compras se toparon con la princesa Saheini. Ella no traía maquillaje, con las trenzas desaliñadas se había hecho un chongo deforme, traía un abrigo verde oscuro, sacado quién sabe de dónde, pero aún calzaba aquellas sandalias de piel bordadas con piedras finas en forma de flores, estilo hindú. Los saludó efusivamente, les preguntó dónde vivían y muy ansiosa quería ir a visitar su nueva casa. Vio que en el cesto de Liusu había pequeñas ostras sin cáscara e inmediatamente dijo que quería aprender con Liusu a cocinar al vapor la sopa de ostras. Liuyuan la invitó a comer en casa y ella apresuradamente aceptó. Su novio inglés estaba recluido en un campo de concentración. Ahora vivía en la casa de un policía hindú, viejo amigo de ella que antes le hacía pequeños favores. Hacía mucho tiempo que ella no llenaba el estómago. Llamó a Liusu “señorita Bai”. Liuyuan sonrió y dijo: “Es mi esposa, debes felicitarme”. La princesa Saheini dijo: “¿De veras? ¿Cuándo se casaron?” Liuyuan contestó alzando los hombros:

“Nada más se publicó un aviso en un periódico chino. Tú sabes que en las guerras las bodas son muy pobres”. Liusu no entendió sus palabras. La princesa Saheini los besó a los dos. A pesar de todo, los platillos eran muy simples, además Liuyuan con toda claridad dijo que ellos pocas veces comían sopa de ostras. La princesa Saheini jamás volvió a su casa.

Aquel día ellos la despidieron en la puerta. Liusu estaba parada en el umbral. Liuyuan estaba detrás y mientras sostenía su mano decía: “¿Oye, cuándo nos casamos?” Al oír estas palabras, Liusu no dijo nada, sólo bajó la cabeza y empezó a llorar. Liuyuan tomó su mano y dijo: “Venga, vamos a una oficina de periódico a publicar un aviso hoy mismo. Pero tal vez quieres esperar más tiempo. Cuando lleguemos a Shanghai ofreceremos un banquete grande e invitaremos a los parientes”. Liusu contestó: “¡Caramba! ¿Lo merecen?” Diciendo eso, esbozó una sonrisa y se recargó en él. Liuyuan acarició su cara: “Ora lloras, ora ríes”.

Fueron juntos al centro de la ciudad. Al dar la vuelta en una esquina se dieron cuenta de que la calle estaba hundida, delante sólo quedaba un vacío... el cielo negro y húmedo. Sobre una pequeña puerta metálica se alzaba un letrero de cerámica: “Dentista Zhao Xiangqing”. El viento al mover el letrero hacía rechinar su gancho metálico, detrás estaba el cielo desolado.

Liuyuan detuvo sus pasos y se puso a mirar. Sintió horror dentro del sosiego, de repente empezó a temblar y le dijo a Liusu: “Ahora debes creer: separados en vida, unidos por la muerte, ¿cómo podemos ser dueños de nuestros destinos? Cuando caen las bombas con un poco de mala suerte...” Liusu lo regañó: “¡A estas alturas todavía dices eso!” Liuyuan sonrió: “No me estoy echando para atrás. Lo que quiero decir es...” Pero al ver su expresión, dijo sonriendo: “¡Olvídalo! ¡Olvídalo!” Continuaron caminando. Liuyuan dijo: “Sin querer nos hemos enamorado”. Liusu replicó: “Hace tiempo que me dijiste que me amabas”. Liuyuan dijo sonriendo: “Eso no vale. En aquel momento estábamos tan ocupados en hablar de amor que no tuvimos tiempo para enamorarnos”.

Se publicó el aviso en el periódico. Los señores Xu vinieron a felicitarlos. Ellos, durante el cerco militar, nunca se preocuparon por ella, Liusu estaba algo disgustada con ellos pero tenía que sonreírles. Liuyuan ofreció un banquete e invitó a algunos amigos. Poco después, se reestableció el tráfico entre Hong Kong y Shanghai y ellos regresaron a Shanghai.

Liusu sólo volvió una vez a la casa de los Bai. Temía que con tantos chismes y rumores causaría problemas. Sin embargo los problemas eran inevitables. La cuarta señora decidió divorciarse del cuarto señor. Todos le echaron la culpa a Liusu. Ya que ella había logrado un éxito sin precedentes, todas querían seguir su ejemplo. Bajo una luz tenue Liusu en cuclillas encendía incienso para ahuyentar los mosquitos. Al pensar en la cuarta señora, sonrió.

Liuyuan ya no bromeaba con ella, reservaba sus palabras dulces para otras mujeres. Era una buena señal, pues significaba que él ya la consideraba parte de su familia, era su esposa legítima. Sin embargo, Liusu de todos modos sentía tristeza.

El derrumbe de Hong Kong curiosamente a ella la favoreció. En ese mundo irracional ¿quién sabe cuál es el efecto y cuál es la causa? ¿Quién sabe? Tal vez toda una metrópoli se derrumbó sólo para ayudarle a ella. Millones de personas murieron, millones de personas sufrieron y luego siguieron cambios que estremecieron la tierra.

Liusu no creía ocupar un puesto especial en la historia.

Tan sólo se levantó sonriendo y pateó el incienso debajo de la mesa.

Los personajes legendarios que arruinan ciudades y países son más o menos así.

Los mitos están por todas partes, pero no todos tienen un desenlace tan feliz. Los sonidos del laúd se oyen en la noche iluminada por miles de focos. Las cuerdas se estiran y se aflojan acompañando interminables historias... tan tristes que es mejor no conocerlas.

Septiembre de 1943

Amor en la ciudad en ruinas,
se terminó de imprimir en marzo de 2007
en los talleres de Formación Gráfica, S.A. de C.V.,
Matamoros 112, col. Raúl Romero, 57630,
Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México.
Portada de Irma Eugenia Alva Valencia.
Composición tipográfica y formación: Gabriela Oliva.
El cuidado de la edición estuvo a cargo
de la Dirección de Publicaciones
de El Colegio de México.

La novela *Amor en la ciudad en ruinas* es un homenaje al amor platónico, al real, al amor que rescata, que ofrece un refugio cuando el mundo alrededor se derrumba. *Amor en la ciudad en ruinas* es una novela intimista, que surge de la sensibilidad de una escritora preocupada por la mujer común, ya sea china o mexicana. Al definir su obra ella misma dice: "Mi fuerte es describir el manejo cotidiano de la crisis". A la manera de Henry James, Zhang Ailing retrata la vida y los problemas de las señoras y señoritas de las familias burguesas de Shanghai de las décadas de los treinta y cuarenta. Algunas de sus novelas son *El candado dorado* (1943), *La teja vidriada* (1944), *Rosa roja, rosa blanca* (1944), *Dieciocho primaveras* (1951) y *Amor en la ciudad en ruinas* (1943). Ésta es una traducción realizada directamente del chino por Liljana Arsovska y Chen Zhi.

ISBN 968-12-1262-7



EL COLEGIO
DE MÉXICO